

SANCTI AURELII AUGUSTINI, OBISPO DE HIPONA, DIEZ SERMONES EDITADOS
RECIENTEMENTE DEL CÓDICE CASSINENSE. (G)*

SERMON I. Sobre las diez plagas y los diez mandamientos dados por Moisés al Pueblo
Judío.

Este sermón fue publicado por los Maurinos (Tomo V, Columna 41), como un fragmento de Eugipio, y encontrado en los manuscritos Regio y Victorino. El mismo ha sido restaurado a su integridad por el Código Casinense n. 17., cuyo título es Sermones de Agustín sobre las palabras del Señor y otros, pero corregido de manera más cuidadosa por el Código número 13 titulado Sentencias de Eugipio extraídas de los libros de Agustín, en el cual solo se encuentra el fragmento común, con pocas variantes. Si quedan errores, los he mantenido intactos, ya que solo he encontrado ese único código entre tantos manuscritos Casinenses que presentan este sermón completo. En dicho código hay 26 sermones sobre las palabras del Señor dispuestos en el mismo orden en que fueron publicados por los Lovanienses; a estos les siguen otros 58, de los cuales 27 están en la Edición Maurina, 23 en el reciente apéndice de Denisio, y 8, finalmente, estaban ocultos bajo las cenizas, ya sea en parte o en su totalidad.

I. [Al SEÑOR nuestro Dios, a quien servimos, se le ha dicho en un lugar de las Escrituras: "Todo lo dispusiste con medida, número y peso" (Sab. XI, 21). Luego, la doctrina apostólica nos enseña a contemplar lo que ha sido hecho con entendimiento, e investigar lo que está oculto a través de lo manifiesto (Rom. I, 20). De ahí que, interrogada de alguna manera, toda criatura responde con la voz de su especie que tiene al Señor Dios como su artífice. Luego, el apóstol Pablo recuerda que lo que está escrito en los libros del Antiguo Testamento ocurrió en figura: "Pero se escribió", dice, "para nuestra corrección, sobre quienes ha llegado el fin de los siglos" (1 Cor. X, 11). Por tanto, amadísimos, las cosas que parecen ocurrir fortuitamente en la naturaleza, cuando son interrogadas diligentemente, discutidas y prudente y cuidadosamente investigadas, y encontradas, manifiestan la alabanza del Creador, y la divina Providencia difundida por todo, disponiendo suavemente todas las cosas, como se ha dicho, cuando "Alcanza de un extremo al otro con fortaleza" (Sab. VIII, 1). ¿Cuánto más aquellas cosas que no solo han sucedido, sino que también son recomendadas por las Escrituras divinas? Por lo tanto, la cuestión que nos han propuesto los hermanos, más bien la investigación y discusión, sobre qué significa que los egipcios sean golpeados con diez plagas y el pueblo de Dios sea instruido con diez mandamientos, la asumimos en el nombre de nuestro Señor Dios, con su ayuda y don, y con la piadosa intención de vuestro corazón que nos acompaña, para explicarla en la medida de nuestras posibilidades. Creemos que su ayuda, aunque no sea por nosotros, ciertamente es por vosotros, para que digamos con certeza lo que hemos aprendido y oído, y para que, caminando juntos en el camino de su verdad y apresurándonos juntos hacia la patria, podamos evitar a los insidiadores de nuestro camino, reconociendo la voluntad de la ley. Son diez las plagas con las que fue golpeado el pueblo de Faraón; son diez los mandamientos con los que fue instruido el pueblo de Dios. Veamos, pues, hermanos, cómo lo que se hizo corporalmente debe ser entendido espiritualmente. No negamos que se hicieron, para pensar que solo fueron dichas y escritas, no hechas; sino que creemos que se hicieron tal como leemos que se hicieron, y sin embargo, la doctrina apostólica nos enseña que esos hechos fueron sombra de lo que había de venir. Creemos, por tanto, que deben ser investigados espiritualmente, aunque fueron hechos. Que nadie diga: "Está escrito que el agua se convirtió en sangre en la plaga de los egipcios; pero significa algo; no pudo haber sucedido realmente". Quien dice esto, busca la voluntad de Dios, pero hace injuria al poder de Dios. Porque si pudo significar diciendo, ¿no pudo también haciendo? ¿Acaso no nació Isaac, o no Ismael? Nacieron, eran hombres, nacidos de Abraham, y "Uno de la esclava, el otro de la libre" (Gál. IV, 22). Aunque eran hombres,

aunque nacieron, figuraron sin embargo dos Testamentos, el Antiguo y el Nuevo. Así, primero, con la firmeza de los hechos históricos como fundamento, debemos buscar el significado, para que no parezca que queremos edificar en el aire al quitar el fundamento. Creo que todos los que desprecian los diez mandamientos de la ley y no los observan, sufren espiritualmente lo que los egipcios sufrieron corporalmente. Hasta que explique esto con la ayuda de Dios, quiero que estéis atentos y orando por nosotros, para que os hablemos. Porque lo que nos concierne, tal vez lo pensamos, pero lo que hablamos, os servimos. Por tanto, primero aceptad que no os engañéis en el número de estas plagas, que no pertenece a las diez lo que primero se hizo como señal, cuando la vara se convirtió en serpiente. Este fue el acceso a Faraón, por el cual Moisés, que iba a sacar al pueblo de Dios de Egipto, fue recomendado (Éxodo VII, 10); pero aún no se golpeaba a los contumaces, sino que ya se les aterraba con una señal divina. [No es necesario, ni es nuestro propósito decir algo sobre la vara convertida en serpiente. Sin embargo, porque hemos mencionado esto por necesidad, para que nadie se equivoque en el número, y no debe quedar en la mente de ningún oyente un escrúpulo como de cosa no entendida, decimos brevemente que las varas significan el reino de Dios, y que el reino es ciertamente el pueblo de Dios, y la serpiente el tiempo de esta mortalidad; porque la muerte fue ofrecida por la serpiente. Así, como cayendo de la mano del Señor a la tierra, se hicieron mortales; de donde la vara arrojada de la mano de Moisés se convirtió en serpiente. También los magos hicieron lo mismo: al arrojar sus varas, se convirtieron en serpientes. Pero primero la serpiente de Moisés, es decir, la vara de Moisés, devoró todas las serpientes de los magos; entonces, al ser tomada por la cola, se convirtió nuevamente en vara, y el reino regresó a la mano. Porque las varas de los magos son los pueblos de los impíos. ¿Y qué pueblos de los impíos? Vencidos en el nombre de Cristo; cuando son transferidos a su cuerpo, son devorados como por la serpiente de Moisés: hasta que regresemos al reino de Dios, pero al final del siglo mortal, lo que significa la cola de la serpiente, se hace un gran signo. Habéis oído lo que debéis desear, escuchad lo que debéis evitar.

II. El primer mandamiento en la Ley sobre el culto a un solo Dios: "No tendrás dioses ajenos delante de mí" (Éxodo XX, 3). La primera plaga de los egipcios, el agua convertida en sangre (Éxodo VII, 20).

III. Compara el primer mandamiento con la primera plaga. Entiende a Dios uno de quien son todas las cosas en semejanza del agua, de la cual se generan todas las cosas. ¿A qué se refiere la sangre, sino a la carne mortal? ¿Qué significa entonces la conversión del agua en sangre? Sino que "Se oscureció el insensato corazón de ellos; profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible". La gloria del Dios incorruptible es como el agua, la semejanza de la imagen del hombre corruptible es como la sangre. Y esto ocurre en el corazón de los impíos, pues Dios permanece inmutable; ni porque el apóstol dijo: "Cambiaron", por eso Dios fue cambiado.

IV. El segundo mandamiento: "No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano, porque quien toma el nombre del Señor su Dios en vano, no será limpio" (Éxodo XX, 7). El nombre del Señor nuestro Dios Jesucristo es la verdad, pues él mismo dijo: "Yo soy la verdad" (Juan XIV, 6). La verdad, por tanto, limpia, pero la vanidad mancha. Y puesto que quien habla la verdad, habla de la verdad de Dios; porque quien habla mentira, de lo suyo habla (Juan VIII, 44): hablar verdad es hablar razonablemente; hablar vanidad es hacer ruido más que hablar: con razón, porque el segundo mandamiento es el amor a la verdad, al cual es contraria el amor a la vanidad. Habla la verdad, es a través del ruido la vanidad. A este segundo mandamiento parece ser contraria la segunda plaga. ¿Cuál es esa segunda plaga? La abundancia de ranas. Tienes expresada y significada la vanidad, si atiendes a la locuacidad de

las ranas. Mira a los amantes de la verdad, que no toman el nombre del Señor su Dios en vano, hablar sabiduría entre los perfectos, incluso entre los imperfectos; no hablar lo que no pueden entender, pero no apartarse de la verdad, y seguir en la vanidad. Aunque los imperfectos no puedan captar si algo un poco más elevado ha sido discutido sobre el Verbo de Dios, Dios con Dios, por quien fueron hechas todas las cosas; y puedan captar lo que Pablo habla entre ellos como entre niños en Cristo. A Jesús Cristo, y a este crucificado; sin embargo, aquello es Verdad, y esto no es vanidad. Pero sería vanidad si Cristo no hubiera cumplido la muerte, sino que dijéramos que fingió. Si aquellas heridas hubieran sido en un fantasma, si la sangre no verdadera, sino simulada hubiera emanado de las heridas, si hubiera mostrado cicatrices falsas, como después de heridas falsas. Pero cuando decimos que todas estas cosas fueron hechas, decimos ciertas, expresas, cumplidas, creemos y predicamos. Aunque no hablemos de aquella verdad sublime e inmutable, no vamos a la vanidad. Pero quienes dicen que todas esas cosas en Cristo fueron falsas y simuladas, son ranas clamando en el pantano. Pueden tener ruido de voz, pero no pueden insinuar doctrina de sabiduría. Finalmente, en la Iglesia hablan adheridos a la verdad, la verdad, por quien fueron hechas todas las cosas, la verdad del Verbo hecho carne, y habitando en nosotros, la Verdad de Cristo nacido Dios de Dios, uno de uno, Unigénito y Coeterno, la Verdad aceptada en forma de siervo nacido de la Virgen María, padecido, crucificado, resucitado, ascendido, en todas partes la verdad, y la que el niño no puede captar, la verdad tanto en el pan como en la leche, en el pan de los grandes, en la leche de los pequeños. Pues el mismo pan, para que se haga leche, se transmite a través de la carne. Pero quienes contradicen a esta verdad, y en su vanidad engañados engañan, son ranas, ofreciendo tedio a los oídos, no alimento a las mentes. Escucha, finalmente, a los hombres hablando razonablemente: "No hay lenguaje ni palabras, cuyas voces no sean oídas: pero voces no vanas, porque "Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras" (Salmo XVIII, 4, 5). Si también quieres entender a las ranas en contrario, recuerda ese verso del Salmo: "Vanamente hablaron cada uno a su prójimo" (Salmo XI, 3).

V. El tercer mandamiento: "Acuérdate del día de reposo para santificarlo" (Éxodo XX, 8). En este tercer mandamiento se insinúa una cierta indicación de descanso, que es la tranquilidad del corazón y de la mente, que hace la buena conciencia. Allí está la santificación, porque allí está el Espíritu de Dios. Finalmente, ve el descanso, es decir, la quietud: "¿Sobre quién", dice, "reposará mi Espíritu, sino sobre el humilde y tranquilo, y que tiembla ante mis palabras?" (Isaías LXVI, 2). Los inquietos, por tanto, se apartan del Espíritu Santo, amantes de las disputas, sembradores de calumnias, más deseosos de contención que de verdad, con su inquietud no admiten el descanso del sábado espiritual. Contra la inquietud de estos se dice, como para que tengan sábado en el corazón, la santificación del Espíritu de Dios: "Sé dócil para escuchar la palabra, para que entiendas. ¿Qué entenderé? A Dios diciéndote: Cesa de tu inquietud, no haya un tumulto en tu corazón, por la corrupción de los fantasmas volando y punzándote; no sea así. Porque entenderás a Dios diciéndote: "Vacad y conoced que yo soy Dios" (Salmo XLV, 11). Tú, por tu inquietud, no quieres vacar, y cegado por la corrupción de tus contenciones exiges ver lo que no puedes.

VI. Atiende, pues, y la tercera plaga contraria a este tercer mandamiento, "Nacieron mosquitos en la tierra de Egipto del lodo", moscas pequeñas, inquietísimas, volando desordenadamente, irrumpiendo en los ojos, no permitiendo al hombre descansar, mientras son ahuyentadas y vuelven a irrumpir, mientras son alejadas y regresan, como en verdad los vanos fantasmas del corazón de los contenciosos. Toma el mandamiento, evita la plaga.

VII. El cuarto mandamiento es: "Honra a tu padre y a tu madre" (Éxodo XX, 12). Contraria a este, la cuarta plaga de los egipcios es la "Cynomia". ¿Qué es Cynomia? Cynomia es la

mosca canina; es un vocablo griego. Es canino no reconocer a los padres; nada es más canino que cuando no se reconocen a quienes engendraron: por eso también los cachorros de los perros nacen ciegos.

VIII. El quinto mandamiento es: "No cometerás adulterio" (Éxodo XX, 14). La quinta plaga es "Muerte en el ganado de los egipcios" (Éxodo IX, 6). Comparemos. Da un hombre cometiendo adulterio, no contento con su matrimonio; no quiere dominar un cierto apetito de la carne en sí mismo, que es común a nosotros y a los animales. Pues concubir y engendrar también es porcino; y entender, es de hombres. Por eso la razón, que preside en la mente, debe frenar los movimientos inferiores de la carne, como reinando y dominando; no soltarlos desmedidamente e ilícitamente, vagando por doquier. Por eso, a los mismos animales les ha sido dado por naturaleza, por el Creador, que no se muevan hacia las hembras y el concúbito, sino en ciertos tiempos; pues el animal no se contiene por razón en otro tiempo, sino que en absoluto, con el mismo movimiento enfriándose, se adormece. Pero el hombre puede moverse siempre, porque también puede frenar el movimiento. El Creador te dio el dominio de la razón, te concedió los preceptos de la continencia, como frenos en las bestias inferiores. Tienes lo que el animal no tiene, y por eso esperas lo que el animal no puede. Trabajas un poco conteniéndote, lo que el animal no trabaja; pero te alegrarás eternamente, a lo que el animal no llega. Si el trabajo fatiga, que la recompensa consuele, pues también es paciencia frenar el movimiento interior, y lo que tienes en común con el animal, no soltarlo como animal en todo. Si desprecias en ti mismo, y la imagen de Dios, en la cual te hizo, la descuidas vencido por la codicia de las bestias, como habiendo perdido al hombre serás animal; no como convertido en la naturaleza del animal, sino en forma de hombre teniendo semejanza de animal, que no escuchas diciendo: "No seáis como el caballo y el mulo que no tienen entendimiento" (Salmo XXXI, 9). Y tal vez eliges ser animal, y vagar libremente en la lujuria, sin refrenar el apetito de la carne con ninguna ley: atiende a la plaga; si no temes ser animal, al menos teme morir como animal.

IX. El sexto mandamiento: "No matarás" (Éxodo XX, 13); La sexta plaga: "Pústulas en el cuerpo, y vesículas bullentes, y brotantes, y quemaduras de las heridas de la ceniza del horno" (Éxodo IX, 10). Tales son las almas homicidas, arden de ira, porque por la ira se pierde la fraternidad del homicidio. Arden los hombres de ira, arden también de gracia. Pero uno es el fervor de la salud, otro el fervor de la úlcera. Las pústulas ardientes por todo el cuerpo, los homicidios concebidos brotan, y no está sano lo que hierve. Hierve, pero no del Espíritu de Dios. Pues también quien quiere socorrer hierve, y quien quiere matar hierve; aquel por el precepto, aquel por la enfermedad, aquel por las buenas obras, aquel por las úlceras saniosas. Pues si pudiéramos ver las almas de los homicidas, más lloraríamos que los cuerpos putrefactos de los ulcerados.

X. El séptimo mandamiento sigue: "No robarás" (Éxodo XX, 15). La séptima plaga es "Granizo en los frutos" (Éxodo IX, 23). Lo que sustraes contra el mandamiento, lo pierdes del cielo: nadie tiene ganancia injusta sin pérdida justa. Roba, por ejemplo; quien roba adquiere una vestidura, pero por el juicio celestial pierde la fe. Donde hay ganancia, hay pérdida. Visiblemente ganancia, invisiblemente pérdida. Ganancia de su ceguera, pérdida de la nube del Señor. Pues nada sin providencia, amadísimos. ¿O realmente creéis que lo que sufren los hombres, lo sufren con Dios durmiendo? Parecen hacerse estas cosas al azar, nubes reunirse, lluvias derramarse, granizo lanzarse, truenos sacudir la tierra, relámpagos aterrar; parecen hacerse al azar, y como si no pertenecieran a la divina Providencia. Contra tales pensamientos vigila aquel Salmo: "Alabad al Señor desde la tierra" (cuando se han dicho alabanzas desde el cielo) "dragones y todos los abismos, fuego, granizo, nieve, hielo, viento de tempestad, que hacen su palabra" (Salmo CXLVIII, 7, 8). Por tanto, quienes roban con su deseo malo

exteriormente, por el justo juicio de Dios interiormente son granizados. ¡Oh! Si pudieran inspeccionar el campo de su corazón, ciertamente llorarían, mientras allí no encontrarían qué poner en la boca de la mente, aunque en su robo encontrarían qué poner en la avidez del vientre. Mayor es el hambre del hombre interior, mayor es el hambre, y más peligrosa la plaga, y más grave la muerte, muchos muertos caminan, y muchos hambrientos de vanas riquezas se regocijan. Finalmente, la Escritura llama rico al siervo de Dios interiormente; dice: "El hombre escondido de vuestro corazón, que es ante Dios rico". No ante los hombres rico, sino ante Dios, rico donde está Dios. Mira para ti rico, ¿qué te aprovecha entonces? Donde el hombre no ve, robas, y donde Dios ve, eres granizado.

XI. El octavo mandamiento: "No dirás falso testimonio" (Éxodo XX, 16). La octava plaga: "Langosta, animal dañino con dientes" (Éxodo X, 13). ¿Qué quiere el falso testigo, sino dañar mordiendo, y consumir mintiendo? Finalmente, advirtiendo a los hombres de Dios el apóstol, que no se ataquen con falsas acusaciones: "Si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que no os consumáis unos a otros" (Gálatas V, 15).

XII. El noveno mandamiento: "No codiciarás la mujer de tu prójimo" (Éxodo XX, 17). La novena plaga: "Densas tinieblas" (Éxodo X, 22). Pues hay un cierto adulterio contra el cual arriba se dio el mandamiento, incluso en no apetecer la castidad de la mujer ajena. Es adúltero también quien no va a la mujer ajena; solo porque no está contento con la suya. Ahora bien, no solo pecar después de la suya, sino también atentar contra la ajena son verdaderas densas tinieblas. Pues nada duele tanto en el corazón del que lo sufre, y quien lo hace a otro nada así quisiera sufrir. A otras cosas está más dispuesto todo hombre, pero esto no sé si se ha encontrado quien lo soporte tolerablemente. ¡Oh densas tinieblas de los que hacen esto, de los que tales cosas codician! Verdaderamente se ciegan con furia terrible, pues es furia indomable mancillar la esposa de un hombre.

XIII. El décimo mandamiento es: No codiciarás cosa alguna de tu prójimo, ni su ganado, ni su posesión, ni su siervo, ni nada en absoluto de tu prójimo codiciarás (Éxodo XX, 17). A este mal se opone la décima plaga: La muerte de los primogénitos (Éxodo XII, 29). En esta plaga busco alguna comparación; por el momento no se me ocurre nada, tal vez se le ocurra algo mejor a quienes investiguen con más diligencia, salvo que todas las cosas que los hombres poseen las guardan para sus herederos. Aquí se reprende al que codicia la cosa del prójimo; pues codicia también quien roba: y quien roba algo del prójimo no puede hacerlo sino codiciando la cosa del prójimo. Pero ya se ha mandado anteriormente sobre el robo, para que entiendas allí también el saqueo. Pues la Escritura no mandaría sobre el robo y callaría sobre el saqueo, si no quisiera que entendieras que si es punible quitar en secreto, mucho mayor pena merece arrebatarse violentamente. Quitar a quien no quiere, ya sea ocultamente o abiertamente, tiene su propio mandamiento. Pero codiciar la cosa del prójimo, lo que Dios nota en el corazón, aunque busques allí una sucesión justa, no está permitido. En definitiva, quienes desean poseer las cosas ajenas como si fuera justo, buscan hacerse herederos de los moribundos. Pues, ¿qué parece más justo que poseer lo que se te ha dejado, tenerlo por derecho común? ¿Qué hace el hombre ante ti? Me ha sido dejado; he conseguido una herencia; leo el testamento. Nada parece más justo que esta voz de avaricia. Tú: lo tienes justamente; y alabas como si poseyera con derecho. Dios condena al que codicia injustamente. Mira cómo eres, que desees que alguien te haga heredero: no quieres que tenga herederos. En los herederos nada es más querido que el primogénito, por lo tanto, en tus primogénitos eres castigado, tú que codiciando las cosas ajenas, buscas lo que no te correspondía por derecho como si fuera una sombra de derecho. Y es fácil, hermanos, perder corporalmente a los primogénitos; pues los hombres mueren ya sea antes que sus padres o

después de sus padres; mueren los que han de morir. Lo molesto es que por esta codicia oculta e injusta pierdas los primogénitos de tu corazón. Pues el primogénito en nosotros tiene la imagen de la gracia de Dios: el nuevo nacido, el primer nacido, entre todos como nacidos de nuestro corazón, la fe es el primogénito. Pues nadie obra bien, si no precede la fe, como dice el Apóstol: Sin fe, dice, es imposible agradar a Dios (Hebreos IX, 6). Todas tus buenas obras son tus hijos espirituales, pero entre ellos primero nació la fe. Por tanto, quienquiera que codicies ocultamente la cosa ajena, pierdes la fe interna. Serás sin duda primero un simulador, obediente no por caridad, sino por fraude; como si amaras a aquel de quien deseas hacerte heredero: amándolo, buscas que muera, y para verte como poseedor de su cosa, le envidias el sucesor.

XIV. Ea, hermanos, habiendo recorrido los diez mandamientos y las diez plagas, comparando a los despreciadores de los mandamientos con la contumacia de los egipcios, os hemos hecho cautos, para que tengáis seguras vuestras cosas en los mandamientos de Dios, vuestras cosas, digo, vuestras cosas interiores del arca, vuestros tesoros interiores; vuestras cosas, que ni ladrón, ni salteador, ni vecino poderoso puede quitaros, donde ni polilla, ni herrumbre son de temer, con las que naufragó. Así seréis también el pueblo de Dios entre los inicuos egipcios, sufriendo ellos estas cosas en el corazón, pero vosotros indemnes en vuestros hombres interiores, hasta que el pueblo sea sacado de Egipto en un cierto Éxodo, lo cual sucede, pues aquello ocurrió una vez, esto no cesa de suceder.

XV. [Pues si atendemos, también despojamos a los egipcios. No sin misterio se hizo aquello, como algunos menos entendidos se atreven a acusar aquí a Dios, porque mandó pedir a los egipcios oro, plata y vestidos; estas cosas fueron dadas y llevadas (Éxodo XII, 35). Serían ladrones, si no lo hubieran hecho por mandato de Dios. Atienda vuestra Caridad, digo que serían ladrones si no lo hubieran hecho por mandato de Dios; pero como lo hicieron por mandato de Dios, no fueron ladrones. Ya no acusas a estos, estás dispuesto a acusar al mismo Dios. A ellos les correspondió obedecer; en Dios estaba el consejo del que manda, que sabe qué debe sufrir cada uno; quién, qué, con qué mérito debe sufrir. Sería un parricidio clarísimo y funesto de Abraham, si hubiera matado a su hijo por su propia voluntad, pero lo hacía laudablemente porque obedecía al mandato de Dios, y lo que sería crueldad en la voluntad espontánea, bajo el precepto de Dios se convirtió en piedad (Génesis XXII).]

XVI. [Quiero decir algo sobre los Hechos de los Apóstoles. Cuando Pedro estaba encerrado en la cárcel, vino a él el ángel de la salvación, que le ordenó salir de las cadenas de sus manos (Hechos XII). Salió siguiendo al ángel; fue liberado de la cárcel por el mandato del Señor, por la autoridad de Dios. Al día siguiente, el juez lo buscó para oírlo; al saber que se había ido, ordenó llevar a los guardias de la cárcel; a los soldados, digo, interrogados, ordenó llevarlos; dictó sentencia sobre ellos, la ley que le parecía, si no encontraban a Pedro. ¿Qué dices? ¿Fue Pedro el autor de la muerte de ellos? ¿No sería perversamente piadoso si contradijera la voluntad de Dios, y dijera al ángel que le ordenaba salir: No saldré, para que no mueran por mi causa los pobres hombres, los guardias de la cárcel? Se le respondería: Deja eso al Creador; porque no eres artífice para que nazca el hombre, no puedes ser juez de cómo muera: nadie muere, sino aquel a quien Dios quiere. El consejo de morir se deja al juicio de Dios, pero sin embargo, la codicia del homicida es condenada. Pues aquí no se debe atender a lo que Dios juzgó, sino a lo que pensó la mala gente. Judas, en efecto, entregó al Hijo de Dios a la pasión, y por la pasión del Hijo de Dios todas las naciones fueron redimidas para la salvación; sin embargo, no se le dio a Judas una recompensa por la salvación de las naciones, sino que se le retribuyó el castigo debido por su maldad. Pues si se considera la entrega de Cristo, y no el ánimo del que lo entregó, Judas hizo lo que hizo Dios Padre, de quien está escrito: Quien no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros

(Romanos VIII, 32). Judas hizo lo que hizo nuestro mismo Señor Cristo, de quien está escrito: Quien se entregó a sí mismo por nosotros como ofrenda y sacrificio a Dios en olor de suavidad; y de nuevo: Así Cristo, dice, amó a la Iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla (Efesios V, 2 y 25). Y sin embargo, damos gracias a Dios Padre, que no perdonó a su Hijo Unigénito, sino que lo entregó por todos nosotros. Damos gracias al mismo Hijo de Dios, que se entregó a sí mismo por nosotros, y en ello cumplió la voluntad del Padre. Y detestamos a Judas, de cuyo acto Dios otorgó tan gran beneficio, y decimos con razón: El Señor le retribuyó según su iniquidad, y según su maldad lo destruyó (Salmo XCIII, 23). Pues no entregó a Cristo por nosotros, sino por el dinero, por el cual lo vendió, aunque la venta de Cristo sea nuestra redención.]

XVII. [Nadie, pues, hermanos, nadie discuta a Dios. Es soberbio, impío, necio. Refrena tus codicias, no hagas nada con mala intención, estate dispuesto a obedecer, no a dañar. Así hicieron ellos, así hizo Dios. Si ellos hubieran robado, aun así, tal vez Dios habría querido que Cristo sufriera lo que ellos sufrieron, cuando permitió que lo hicieran quienes lo hicieron: sin embargo, guardaría el castigo para los ladrones, exigiría alguna venganza temporal de aquellos que sufrieron el robo. Pero ahora ellos no lo hicieron por su propia voluntad, Dios quiso que se hiciera con justo juicio. Si consideras la causa, tal vez no tomaron oro ajeno, sino que exigieron la recompensa debida. Injustamente oprimidos mientras hacían ladrillos en Egipto, no salieron sin recompensa por los duros trabajos de servidumbre, y sin embargo, Dios hizo esto por alguna causa cierta. Si somos, como el pueblo de Israel en Egipto, en este mundo, ciertamente me atrevo a deciros, pues creo que hablo por el Espíritu de Dios, tomad el oro, la plata, los vestidos de los egipcios. Su oro son los sabios, su plata los elocuentes, sus vestidos la variedad de sus lenguas. ¿No vemos todo esto en la Iglesia? ¿No lo hace la Iglesia cada día? ¿Cuántos sabios en el mundo creen en Cristo? Se ha quitado el oro a los egipcios. El santo, en cuya mesa se llama esto, fue alguna vez oro o plata de los egipcios. Los vestidos de los egipcios, con los que de algún modo se visten los sentidos; son las lenguas variadas. Las veis migrar de Egipto al pueblo de Dios: No hay lenguas ni palabras, cuyas voces no se oigan (Salmo XVIII, 4). Aquí el oro, aquí la plata de los egipcios, y saliendo llevamos nuestra recompensa; pues no trabajamos en vano en el barro de Egipto. Así todo, hermanos, ya sea lo que podemos exponer, ya sea lo que aún no podemos, ya sea lo que podéis entender, ya sea lo que aún no podéis, ya sea de esta manera, como se ha dicho por nosotros, ya sea de otra mejor manera, creed en absoluto, porque Todo les sucedía en figura, y está escrito para nuestra corrección, en quienes han llegado los fines de los siglos (1 Corintios X). ¿No estaría yo atento a estas cosas? ¿Y tú, cualquier cristiano espiritual, no estaríamos atentos, y diríamos que se hizo sin razón, lo que en la tercera plaga los magos de Faraón fallaron? ¿No buscaría aquí nada, pensaría que se hizo o se escribió en vano? Los magos de Faraón hacen contra Moisés serpientes de varas, sangre de agua, hacen ranas, hacen estas cosas. Llegan a la tercera plaga, es decir, a aquellas moscas llamadas Cinifes, y allí fallan quienes hicieron serpientes, quienes hicieron ranas fallan, fallan ante las moscas. No es en absoluto, no es sin razón. Golpead conmigo. Esta tercera plaga, ¿a qué mandamiento de Dios es contraria? Al tercer mandamiento de Dios, donde se manda al pueblo sobre el sábado, donde se predica el descanso, donde se encomienda la santificación, pues allí se dice: Recuerda el día del sábado para santificarlo. En definitiva, en las primeras obras del mundo Dios hizo el día, hizo el cielo, la tierra, el mar, las luminarias, las estrellas, los animales del agua, de la tierra al hombre a su imagen. Hace todas estas cosas, en ninguna parte suena algo santificado. Se realizan estas cosas en seis días, se santifica el séptimo día de descanso de Dios: no santifica las obras, santifica el descanso (Génesis II, 3). ¿Qué diremos? ¿Cómo a nosotros que trabajamos a menudo nos es más dulce el ocio que el trabajo, así pensamos también de Dios? No debemos pensar esto, ni que al trabajar lo hizo, y no al mandar creó, Dijo Dios: Sea, y fue

hecho. De esta manera, al hacer, ni el mismo hombre trabajaría. Pero en ese día se nos encomienda un cierto descanso de todas nuestras obras, para que después de nuestras buenas obras entendamos que descansaremos sin término. Pues todos los días allí tienen tarde, el séptimo no tiene; trabajamos con fin, descansamos sin fin. Allí suena la santificación con un gran misterio, perteneciente al Espíritu Santo. Mientras me escucháis, hermanos: Recibid con indulgencia, os ruego, más buscando qué intento, que qué explico: sé quién habla, y qué os hablo; Divino a los hombres hombre (Isaías LXVI, 25). He aquí, esforzaos conmigo, trabajad conmigo, para que descanséis conmigo, tanto como el Señor concede, tanto como abre, tanto como significa, tanto como insinúa la misma sabiduría mostrándose a sus amantes en los caminos alegremente, y en toda providencia encontrándose con ellos. Se santifica el día del sábado, el descanso de Dios. Allí primero suena la santificación, tanto como me parece, tanto como vosotros conocéis, tanto como creemos. Ninguna santificación divina y verdadera es, sino por el Espíritu Santo. Pues no en vano se le llama propiamente Espíritu Santo; aunque el Padre es santo, aunque el Hijo es santo, sin embargo, este nombre propio lo recibió el Espíritu, para que la tercera Persona en la Trinidad se llamara Espíritu Santo. Él reposa sobre el humilde y tranquilo como en su sábado. A este número septenario también se le asigna al Espíritu Santo. Nuestras Escrituras lo indican suficientemente; que los mejores vean cosas mejores, y los mayores cosas mayores, y sobre este número septenario digan algo más sutil y divino, y lo expliquen. Yo, sin embargo, lo que en el presente basta, eso veo, eso os recuerdo para que veáis, esta razón septenaria del número propiamente asignada al Espíritu Santo, porque en el séptimo día suena la santificación. ¿Y de dónde probamos que se asigna al Espíritu Santo la numeración septenaria? Isaías dice que el espíritu de Dios viene sobre el fiel, sobre el cristiano, sobre el miembro de Cristo, el Espíritu de sabiduría, y de entendimiento, de consejo, y de fortaleza, de ciencia, y de piedad, el Espíritu de temor de Dios (Isaías XI, 2). Si habéis seguido, he recorrido siete cosas, como descendiendo a nosotros el Espíritu de Dios desde la sabiduría hasta el temor, para que ascendamos desde el temor a la sabiduría. Pues el principio de la sabiduría es el temor del Señor (Proverbios I, 7). Así, pues, el espíritu septenario y un espíritu en razón septenaria uno. ¿Queréis algo más evidente? La fiesta de Pentecostés la Escritura santa la conmemora hecha de semanas. Lo tenéis en la Escritura de Tobías, donde también se dice evidentemente que esta fiesta se hace de semanas. Pues siete veces siete vuelven a cuarenta y nueve en total; pero como para volver a la cabeza; pues por el Espíritu Santo somos reunidos a la unidad, no dispersados de la unidad; por eso a los cuarenta y nueve se añade uno en honor de la unidad, y se hacen cincuenta. No sin razón, pues, el Espíritu Santo vino el día cincuenta por la Ascensión del Señor. Resucita el Señor, asciende de los infiernos, aún no al cielo. Desde aquella resurrección, desde aquella asunción de los infiernos se cuentan cincuenta días, y el Espíritu Santo viene en el número cincuenta, como haciendo su natalicio entre nosotros. Pues el Señor conversó aquí con sus discípulos durante cuarenta días, el día cuarenta ascendió al cielo, y cumplidos allí diez días, como signos de los diez mandamientos, vino el Espíritu Santo, porque nadie cumple la ley sino por la gracia del Espíritu Santo. Así, hermanos, es manifiesto que este número septenario pertenece al Espíritu Santo. Quienquiera que no se adhiere a la unidad de Cristo y murmura contra la unidad de Cristo, se entiende que no tiene el Espíritu Santo. Pues las contiendas, y disensiones, y divisiones no las hacen sino los animales, de los cuales el Apóstol dice: Pero el hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios (1 Corintios II, 14). Luego está escrito también en la Epístola del apóstol Judas: Estos son los que se separan a sí mismos, animales que no tienen espíritu. ¿Qué más claro, qué más evidente? Con razón vienen, aunque crean lo mismo que nosotros, sin embargo, a recibir el Espíritu Santo, que no pueden tener mientras sean enemigos de la unidad. A estos los compara el Apóstol con los magos de Faraón: Teniendo, dice, apariencia de piedad, pero negando su poder (2 Timoteo III, 5, y

siguientes). Teniendo apariencia de piedad hicieron cosas similares, pero negando su poder fallaron en el tercer signo.

XVIII. [Pero aún busquemos juntos por qué en el tercer signo. Podrían haber fallado en el segundo, podrían haber fallado en el cuarto, ¿qué importa dónde fallaran si iban a fallar? ¿Por qué entonces en el tercero? Pero primero vean lo que prometí, si el apóstol Pablo comparó a los Magos con los herejes. Dice: Tienen apariencia de piedad, pero niegan su poder, y a estos evita. De estos son los que penetran en las casas y llevan cautivas a las mujercillas cargadas de pecados, llevadas por diversos deseos, siempre aprendiendo y nunca llegando al conocimiento de la verdad. Siempre escuchan el testimonio de la Iglesia católica, y no quieren venir a la Iglesia católica. Siempre dicen, porque no siempre escuchan: En tu simiente serán bendecidas todas las naciones (Gen. I, 2); no siempre escuchan: Pídemelo, y te daré las naciones como herencia, y como posesión los confines de la tierra (Sal. II, 8); no siempre escuchan: Se acordaban y se convertían al Señor todas las familias de las naciones (Id. XXI, 58); no siempre escuchan: Dominará de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra (Id. LXXI, 18). Siempre escuchan esto, siempre aprendiendo y nunca llegando al conocimiento de la verdad. Vean ya lo que prometí. ¿Qué sigue el Apóstol? Así como Janes y Jambres resistieron a Moisés, así también estos resisten a la verdad; hombres de mente corrupta, reprobados en cuanto a la fe. ¿Qué sigue? Pero no progresarán más, porque su demencia será manifiesta a todos los hombres, como también lo fue la de aquellos (2 Tim. III, 8, y ss.). Ya vean por qué fallaron en el tercer signo. Recuerden que aquellos que se oponen a la unidad no tienen el Espíritu Santo. Los tres primeros mandamientos del Decálogo se entienden que pertenecen al amor de Dios, para que los otros siete se entiendan que pertenecen al amor al prójimo; para que en las dos tablas de la ley, y en los diez mandamientos, se mantengan esos dos como mandamientos sumarios. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza; y amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas (Mat. XXII, 37, 38). Refiramos entonces los tres primeros mandamientos al amor de Dios. ¿Cuáles tres primeros? El primero: No tendrás dioses ajenos delante de mí; cuya plaga contraria es el agua convertida en sangre, por lo que el supremo principio del Creador fue llevado a la simulación de la carne humana. El segundo mandamiento: No tomarás en vano el nombre del Señor tu Dios. Pertenece, según creo, a la palabra de Dios que es el Hijo de Dios. Porque hay un solo Dios, y un solo Señor nuestro Jesucristo, por quien son todas las cosas (Rom. XI, 36). Contra la palabra, las ranas. Ve contra la palabra las ranas, contra la razón el ruido, contra la verdad la vanidad. El tercer mandamiento sobre el Sábado, perteneciente al Espíritu por la santificación, que primero sonó en el Sábado, que os recomendamos vehementemente hace poco, tanto como pudimos. A este mandamiento le es contraria la plaga de la inquietud en las moscas nacidas de la corrupción, que irrumpen en los ojos. Por eso fallaron en este tercer signo, quienes enemigos de la unidad no tenían el Espíritu Santo, pues el Espíritu Santo hace esto como castigo: una cosa hace la gracia, otra el castigo: una cosa hace llenando, otra abandonando. Finalmente, para que ya podamos reconocer claramente, confesando ellos mismos, los Magos de Faraón, veamos cómo se llama en el Evangelio al Espíritu de Dios, qué nombre recibe. Los judíos, objetando al Señor con insulto, cuando dijeron: Este no expulsa demonios sino por Beelzebú, príncipe de los demonios, él respondió. Si yo expulso demonios por el Espíritu de Dios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios (Mat. XII, 24); lo que otro evangelista narra así: Si yo expulso demonios por el dedo de Dios. Lo que un evangelista dijo, Espíritu de Dios (Luc. X, 20). Otro dijo Dedo de Dios; por lo tanto, el Espíritu de Dios es el dedo de Dios. Por eso la ley fue dada, escrita con el dedo de Dios; la cual ley fue dada en el monte Sinaí el quincuagésimo día después de la muerte del cordero,

celebrado el Pascua por el pueblo de los judíos. Se cumplen cincuenta días después de la muerte del cordero, y se da la ley escrita con el dedo de Dios; se cumplen cincuenta días después de la muerte de Cristo, y viene el Espíritu Santo. Gracias al Señor que oculta providencialmente, abre suavemente. Ya vean esto también confesado muy evidentemente por los Magos de Faraón; fallando en el tercer signo dijeron: Este es el dedo de Dios (Éxodo VIII, 10). Alabemos al Señor, Dador de entendimiento, Dador de palabra. Si estas cosas no se generaran en misterios, no se buscarían con esmero; pero si no se buscaran con esmero, no se encontrarían tan suavemente.]

SERMO II. De su propio Natalicio.

El códice MS. núm. 17, del cual se indica arriba, muestra que los Sermones 339 y 40 fueron extraídos de este único. Edición Maurina. Al reflexionar sobre cómo en Galia especialmente este códice se encuentra disperso y fragmentado, según los códices con los que Amerbachius, Erasmo, los parisinos, los de Lovaina y los maurinos compusieron sus ediciones, surge esta idea quizás no tan discordante con la fe; ya que, como los mismos maurinos admiten (pref. tom. V.), Cesáreo de Arlés, ya de avanzada edad, solía ordenar a los sacerdotes y diáconos que recitaran no solo sus propios sermones, sino también los de Agustín, a veces mutilados, a veces con un nuevo comienzo y conclusión, alguien pudo haber separado los principales argumentos del sermón, según le convenía, dejando de lado aquellos que unían la parte omitida. Sin embargo, como no se hizo con la sagacidad que se debía, aún quedan indicios que fortalecen la autoridad de nuestro códice que une en uno esas partes divididas. Mientras tanto, el sermón de Arlés, fragmentado y así llevado al público, primero se extendió por los códices galos, luego a regiones distantes, a las que Cesáreo, como se lee en el libro 1 de su vida, enviaba a través de los mismos sacerdotes lo que debían predicar en sus iglesias. Vale la pena aquí reivindicar la integridad original del sermón que hasta ahora se ha deseado en las bibliotecas editadas.

I. El día de hoy, hermanos, me recuerda pensar más atentamente en mi carga, sobre cuyo peso, aunque debería pensar día y noche, de alguna manera este día aniversario la impone a mis sentidos, de modo que no puedo disimular en absoluto al pensar en ella, y cuanto más avanzan los años, o más bien retroceden, y nos acercan al último día, que sin duda alguna llegará algún día, tanto más aguda es mi reflexión, y más llena de estímulos, sobre qué tipo de cuenta podré rendirle a nuestro Señor Dios por ustedes. Esto es lo que diferencia a cada uno de ustedes de nosotros, que ustedes, casi solo preocupados por ustedes mismos, rendirán cuentas, pero nosotros debemos rendir cuentas tanto por nosotros como por todos ustedes. Por eso la carga es mayor, pero bien llevada, compara una mayor gloria, sin embargo, llevada infielmente precipita a un castigo inmenso. ¿Qué debo hacer hoy principalmente, sino encomendarles mi peligro, para que sean mi alegría? Mi peligro es si atiendo a cómo me alaban y disimulo cómo viven. Sin embargo, Él sabe, bajo cuya mirada hablo, más bien bajo cuya mirada pienso, que no me deleito tanto en las alabanzas populares, sino que me estimulan y angustian cómo viven quienes alaban. No quiero ser alabado por los que viven mal, lo aborrezco, lo detesto, me causa dolor, no placer; ser alabado por los que viven bien, si digo que no quiero, miento, si digo que quiero, temo ser más ávido de vanidad que de solidez. Entonces, ¿qué diré? Ni quiero completamente, ni no quiero completamente. No quiero completamente, para no ponerme en peligro con la alabanza humana; ni no quiero completamente, para que no sean ingratos aquellos a quienes predico. Mi carga es la que acaban de escuchar cuando se leía al profeta Ezequiel. No es suficiente que el día mismo nos recuerde pensar en esa carga; además, se recita una lectura que nos infunde gran temor, para que pensemos en lo que llevamos; porque si no lleva con nosotros quien la impuso, desfallecemos. He aquí que han escuchado: Tierra, dice, sobre la cual he traído la espada, y

ha puesto un explorador para sí, que vea la espada que viene, y diga, y lo anuncie. Pero si el explorador ve venir la espada y calla; la espada que viene sobre el pecador lo matará; el pecador ciertamente morirá por su iniquidad, pero su sangre la demandaré de la mano del explorador. Pero si ve venir la espada, y toca la trompeta, y anuncia, y aquel a quien se anuncia no observa, ciertamente morirá en su iniquidad, pero el explorador habrá liberado su alma. Y tú, hijo de hombre, te he puesto como explorador para los hijos de Israel (Ezequiel XXXIII, 2, y ss.). Expuso qué quiso decir con espada, expuso qué quiso decir con explorador, expuso qué quiso decir con muerte: no nos permitió excusar nuestra negligencia en la oscuridad de la lectura. Te he puesto, dice, como explorador. Si digo al pecador: Morirás, y tú callas, y él muere en su pecado, ciertamente morirá en su pecado digna y justamente, pero su sangre la demandaré de tu mano. Pero si tú dices al pecador: Morirás, y él no observa, ciertamente morirá en su iniquidad, pero tú habrás liberado tu alma. [Y añade con la palabra lo que quiso decir al pueblo de Israel. Dirás entonces a los hijos de Israel: ¿Qué es lo que decís entre vosotros: nuestras iniquidades están sobre nosotros, en nuestros pecados nos consumimos, cómo podremos vivir? Esto dice el Señor, porque no quiero la muerte del impío, sino que el impío se convierta de su camino perverso y viva. Esto quiso que os anunciemos. Si no lo anunciamos, daremos una mala cuenta de esta vigilancia. Pero si lo anunciamos, hemos hecho lo que nos corresponde. Vosotros ved; nosotros ya estamos seguros. Pero ¿cómo seguros? vosotros en peligro y a punto de morir. No queremos que nuestra gloria sea con vuestro castigo. Se ha dado seguridad, pero la caridad nos hace solícitos. He aquí que decimos, y sabéis que siempre lo he dicho, sabéis que nunca he callado: Esto dice Dios, no quiero la muerte del impío, sino que el impío se convierta de su mal camino y viva. ¿Qué es lo que decía el impío? Dijo las palabras de los impíos y de los inicuos: nuestras iniquidades están sobre nosotros, en nuestros pecados nos consumimos, ¿cómo podremos vivir? El enfermo desespera, pero el médico promete esperanza. El hombre se dijo a sí mismo: ¿Cómo puedo vivir? (Rom. III, 4). Dios dice, puedes vivir. Si todo hombre es mentiroso, solo Dios es veraz, borra lo que dijo el hombre, y escribe lo que dijo Dios. No desesperes, puedes vivir, no por tus males pasados, sino por tus futuros bienes: borrarás los males si te apartas del mal. Todo, ya sea bueno o malo, se borra con el cambio. De una vida buena te inclinaste a una mala, borraste la buena; de una vida mala progresaste a una buena, borraste la mala. Mira qué atiendes, qué percibes, hay dos tesoros preparados para ti; lo que envíes, eso encontrarás; Dios es un guardián fiel, te devolverá lo que hagas. Pero hay otros que no perecen por desesperación, no se dicen a sí mismos: nuestras iniquidades están sobre nosotros, en nuestros pecados nos consumimos, ¿cómo podremos vivir? Sino que se engañan de otra manera. Se halagan a sí mismos con la excesiva misericordia de Dios, para nunca corregirse; pues dicen: Aunque hagamos el mal, aunque cometamos iniquidades, aunque vivamos lujuriosamente y criminalmente, aunque despreciemos al pobre y necesitado; aunque nos enorgullezcamos con soberbia, aunque no tengamos dolor de corazón por nuestros males, ¿perderá Dios a tanta multitud y salvará a pocos? Hay, pues, dos peligros, uno que acabamos de escuchar del Profeta, otro que no calló el Apóstol; porque contra aquellos que mueren desesperando, como gladiadores casi destinados a la espada, anhelando placeres y viviendo malvadamente, como si ya despreciaran sus almas entregadas, dice lo que se dicen a sí mismos: nuestras iniquidades están sobre nosotros, y en nuestros pecados nos consumimos, ¿cómo podremos vivir? Pero otro del que dice el Apóstol: ¿O desprecias las riquezas de su bondad, y paciencia, y longanimidad? (Rom. II, 4). Contra aquellos que dicen: Dios es bueno, Dios es misericordioso, no perderá a tanta multitud de pecadores, y salvará a pocos, pues si no quisiera que existieran, ni vivirían; cuando hacen tanto mal y viven, si a Dios le disgustara, los quitaría de la tierra de inmediato. Contra estos el Apóstol dice: ¿Ignoras que la paciencia de Dios te lleva al arrepentimiento? Pero tú, según la dureza de tu corazón, y corazón impenitente, atesoras para ti ira en el día de la ira, y de la revelación del

justo juicio de Dios, quien pagará a cada uno según sus obras. ¿A quiénes dice esto? A los que dicen: Dios es bueno, no pagará. Pagará ciertamente a cada uno según sus obras. ¿Qué haces tú? Atesoras, ¿qué? Ira. Añade ira sobre ira, aumenta el tesoro; se te devolverá lo que atesoras, no defrauda a quien le encomiendas. Pero si en otro tesoro envías buenas obras, frutos de justicia, o continencia, o virginidad, o castidad conyugal; si estás alejado del fraude, del homicidio, del crimen; si recuerdas al necesitado porque tú también necesitas; si recuerdas al pobre, porque tú también eres pobre; por mucho que abundes en riquezas, estás vestido con harapos de carne. Si pensando en esto, y haciendo esto, envías al buen tesoro para el día del juicio, aquel que no defrauda a nadie, y pagará a cada uno según sus obras, te dirá: Toma lo que enviaste, porque abunda: Cuando enviabas, no veías, pero yo guardaba cómo iba a devolverlo. Porque en verdad, hermanos, cada uno lo que envía al tesoro porque lo envía lo sabe, pero no lo ve cuando lo ha enviado. Pon el tesoro en la tierra enterrado teniendo una entrada, o una rendija, por la cual envíes; poco a poco lo que adquieras envías, y no ves; si lo que enviaste y no viste te lo guarda la tierra. ¿No te lo guardará quien hizo el cielo y la tierra?]

II. Alivien, pues, hermanos, alivien mi carga y llévenla conmigo, vivan bien, tenemos que alimentar hoy a nuestros hermanos pobres, y con ellos debemos compartir la humanidad. Para ustedes, mis palabras son mi alimento. No puedo alimentar a todos con pan tangible y visible, así que los alimento con lo que yo mismo me alimento: soy un servidor, no el dueño de la casa; les ofrezco de lo que vivo, del tesoro del Señor, de los banquetes de aquel padre de familia que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, para que con su pobreza nos enriqueciera (2 Cor. VIII, 9). Si les ofreciera pan, al partirlo, cada uno tomaría un trozo; y aunque pusiera mucho, llegaría muy poco a cada uno. Pero ahora, lo que digo, todos lo tienen entero, y cada uno lo tiene todo. ¿Acaso han dividido entre ustedes las sílabas de mi palabra? ¿Acaso han tomado cada palabra del discurso pronunciado? Cada uno de ustedes ha escuchado todo. Pero que cada uno vea cómo ha escuchado, porque soy un distribuidor, no un cobrador. Si no distribuyo y guardo el dinero, el Evangelio me aterra. Podría decir: ¿Qué me importa ser una carga para los hombres? ¿Decir a los injustos: No actúen injustamente? ¿Vivan así? ¿Actúen así? ¿Dejen de actuar así? ¿Qué me importa ser una carga para los hombres? He recibido cómo vivir. Viviré como se me ha ordenado, como se me ha mandado. ¿Qué me importa rendir cuentas de lo que he recibido de otros? El Evangelio me aterra. Porque nadie me superaría en esta seguridad ociosísima: no hay nada mejor, nada más dulce, que escudriñar el tesoro divino sin ruido alguno; es dulce, es bueno, pero predicar, reprender, corregir, edificar, esforzarse por cada uno, es una gran carga, un gran peso, un gran trabajo. ¿Quién no huiría de este trabajo? Pero el Evangelio me aterra. Un cierto siervo salió y dijo a su Señor: Sabía que eres un hombre severo, que cosechas donde no sembraste, guardé tu dinero, no quise distribuirlo; toma lo que es tuyo; si falta algo, juzga; si está íntegro, no me molestes. Pero él dijo: Siervo malo, te condeno por tus propias palabras (Luc. XIX, 21, y ss.). ¿Por qué esto? Porque dijiste que soy avaro, ¿por qué descuidaste mis ganancias? Pero temí dar, no fuera que perdiera. ¿Dices esto? A menudo se dice. ¿Por qué corriges? Se pierde lo que dices; no te escucha; y yo, dice él, no quise dar, no fuera que perdiera tu dinero. Él le dijo: Si hubieras dado mi dinero, yo al venir lo exigiría con intereses; te puse como distribuidor, no como cobrador; si ejerces la distribución, me dejarías a mí la cobranza. Temiendo esto, que cada uno vea cómo recibe. Si yo, que distribuyo, temo, ¿quién que recibe debería estar seguro? Quien fue malo ayer, sea bueno hoy. Esta es mi distribución: quien fue malo ayer, sea bueno hoy. Fue malo ayer y no murió; si hubiera muerto siendo malo, se habría ido de donde no regresaría. Fue malo ayer, vive hoy; que le aproveche vivir, que no viva mal. ¿Por qué, entonces, quiere añadir el mal de hoy al de ayer? ¿Quieres tener una vida larga, pero no

buena? ¿Quién soporta un mal largo, o un almuerzo? ¿Hasta tal punto la ceguera de la mente se ha endurecido, hasta tal punto el hombre interior es sordo, que quiere tener todos los bienes, excepto a sí mismo? ¿Quieres tener una finca? Niego que quieras tener una mala finca. Quieres tener una esposa, pero solo buena; una casa, solo buena. ¿Por qué recorrer cada cosa? No quieres tener un mal zapato, y ¿quieres tener una mala vida? Como si un mal zapato te dañara más que una mala vida. Cuando un mal zapato, apretado, te daña, te sientas, te descalzas, lo rechazas, o lo corriges, o lo cambias para no lastimar tu dedo, y te calzas. No te preocupas por corregir una mala vida, que destruye el alma. Pero veo claramente de dónde te engañas. Un zapato que daña causa dolor, una vida que daña causa placer; eso duele, eso agrada, pero lo que agrada por un tiempo, después duele peor; lo que duele por un tiempo, después alegra con infinita alegría y abundancia de gozo. «Vean al que se deleita y al que sufre, al rico que se deleita y al pobre que sufre; aquel se banquetaba, aquel sufría; aquel rodeado de familia era honrado, aquel era lamido por los perros; aquel se volvía más crudo con los banquetes, aquel no se saciaba ni con migajas. Pasó el placer, pasó la necesidad; pasaron los bienes del rico, los males del pobre; sucedieron los males al rico, los bienes al pobre. Lo que pasó, no se revocaba; lo que sucedió, no se disminuía. El rico ardía en el infierno, el pobre se alegraba en el seno de Abraham. Antes el pobre había deseado una migaja de la mesa del rico, después el rico deseó una gota del dedo del pobre. La necesidad de aquel terminó con la saciedad, el placer de aquel terminó con el dolor sin fin. Al banquete sucedió la sed, al placer el dolor, al púrpura el fuego. Este es el banquete que Lázaro parecía tener en el seno de Abraham, esto queremos que todos tengan; esto queremos que tengamos juntos. ¿Sería un banquete que les ofrecería si los invitara a todos y esta Iglesia estuviera llena de mesas de banquete? Estas cosas son transitorias. Piensen en lo que digo para que lleguen a esos banquetes que nunca terminarán. Allí nadie está indigesto al banquete, ni esos banquetes son tales que nos alimenten con su corrupción y nos restauren con su deficiencia. Y aquellos serán íntegros, y nosotros seremos restaurados por ellos. Si nuestro ojo se alimenta de la luz, y la luz no se agota, ¿cómo serán aquellos banquetes en la contemplación de la verdad, en la visión de la eternidad, en las alabanzas de Dios, en la seguridad de la felicidad, con una mente estable, un cuerpo inmortal, sin que nuestra carne se marchite con la vejez, sin que nuestra alma se afloje con el hambre? Allí nadie crece, nadie decrece; allí nadie nace, porque nadie muere: donde no se les obliga a hacer obras, que ahora exhortamos a que hagan. Ahora han escuchado al Señor diciendo, nos dijo a todos: Cuando hagas un banquete, no llames a tus amigos. Te mostró dónde ser generoso: No llames a los parientes, que tienen con qué retribuirte; sino llama a los pobres, a los débiles, a los ciegos, a los cojos, a los necesitados, que no tienen con qué devolverte (Luc. XIV, 12). ¿Y acaso perderás? Se te retribuirá en la retribución de los justos (Id. V. 14). Tú distribuye, dice, yo recibo, anoto, devuelvo: Dios dijo esto, y nos exhortó a hacer estas cosas, y nos lo devolverá. Cuando nos lo devuelva, ¿quién nos lo quitará? Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros (Rom. VIII, 31)? Pecábamos, y nos dio la muerte de Cristo; vivimos justamente, ¿y nos engañará? Porque Cristo no murió por los justos, sino por los impíos (Ibid. 5, 6). Si dio a los inicuos la muerte de su Hijo, ¿qué guarda para los justos? ¿Qué les guarda, no tiene algo mejor que guardarles que lo que les dio? ¿Qué les dio? No perdonó a su propio Hijo (Ibid. 32). ¿Qué les guarda? Al mismo Hijo. Pero a Dios para disfrutar, no al hombre para morir. He aquí a lo que Dios te llama; pero ¿cómo prestas atención? ¿A qué te dignas prestar atención, y cómo? Pero claramente cuando vengas, ¿acaso se te dirá esto: Parte tu pan con el hambriento; si ves a un desnudo, vístelo: ¿acaso se te recita este capítulo? Cuando hagas un banquete, llama a los cojos, a los ciegos, a los necesitados, a los indigentes (Isaías LVIII, 7). Allí no hay indigente, allí no habrá cojo, ni ciego, ni débil, ni huésped, ni desnudo, todos sanos, todos vigorosos, todos abundantes, todos vestidos de luz eterna. ¿A quién ves allí como peregrino? Nuestra patria es esa misma; aquí somos peregrinos. Deseemos aquella, hagamos lo que se nos

manda, para que exijamos lo prometido. Más bien no he hablado bien; corrijo lo que dije: lejos esté de nosotros exigir lo prometido, lo tomaremos dado espontáneamente. Porque si exigimos, como si Dios no quisiera dar; ciertamente dará, no defraudará a nadie. Consideren esto, hermanos míos, vean cuántos bienes da nuestro Señor Dios a los malos, luz, vida, salud, fuentes, frutos, generaciones, a menudo honores, alturas, poderes, da todos estos bienes tanto a buenos como a malos. ¿Pensamos que no hay nada que guarde para los buenos, quien da tantos bienes también a los malos? Nadie introduzca esto en su corazón. Hermanos míos, Dios guarda grandes bienes para los buenos, pero lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre (Cor. I, 2-9). No puedes pensar antes de recibir, podrás ver cuando hayas recibido; no puedes pensar antes de recibir. ¿Qué es lo que quieres ver? No es una cítara, no es una flauta, no es un sonido que cause placer en los oídos. ¿Qué quieres pensar? No ha subido al corazón del hombre. ¿Y qué hago? Ni veo, ni oigo, ni pienso. ¿Qué hago? Cree, gran ganancia. La fe es un gran vaso donde puedes recibir un gran don. Prepárate un vaso, porque tienes que acercarte a una gran fuente: prepárate un vaso. ¿Qué es prepárate? Que crezca tu fe, que aumente tu fe, que se fortalezca tu fe, que no sea resbaladiza, ni de barro, que no se rompa con las tribulaciones de este mundo, sino que se cocine tu fe. Y cuando lo hayas hecho, y tengas fe, como un vaso idóneo, capaz, firme, Dios lo llenará. Porque no te dirá como dicen los hombres al que suplica, y dice: Dame algo de vino, te lo ruego: y él: Doy, ven, y lo hago. Él trajo una urna, y dice: Como ordenaste, vine; y él: Pensé que traerías una pequeña jarra, ¿qué trajiste, o con qué viniste? No puedo dar tanto, trae de nuevo un vaso más grande, que trajiste, y trae algo breve; tráeme algo a lo que mi pobreza pueda alcanzar. Dios no dice esto; está lleno, estarás lleno, y cuando te llene, él tendrá tanto como tenía antes de llenarte: los dones de Dios son abundantes, no encuentras tales en la tierra; cree y probarás. Pero no ahora; ¿y cuándo dirás? Espera al Señor, actúa valientemente, y se fortalecerá tu corazón, para que cuando recibas digas: Diste alegría a mi corazón. Espera al Señor, actúa valientemente, y se fortalecerá tu corazón, y espera al Señor. ¿Qué es: Espera al Señor? para que entonces recibas, cuando él dé, no entonces exijas cuando quieras. No es tiempo de dar; él te esperó, espéralo. ¿Qué es lo que dije, él te esperó, espéralo? si ya vives justamente, si ya te has convertido a él, si te desagradan tus hechos pasados, si ya te ha complacido elegir una vida buena y nueva, no te apresures a exigir, él te esperó para que cambiaras tu mala vida, espéralo para que corone tu buena vida. Si él no te hubiera esperado, no habría a quién dar; espéralo porque fuiste esperado. Pero tú, que no quieres corregirte; oh quienquiera que seas aquí, que aún no quieres corregirte; como si fuera uno; más bien debí decir quienesquiera que sean aquí. Tú, sin embargo, que estás aquí, si estás aquí, que no has decidido corregirte; así hablaré como si fuera a uno. Quienquiera que no quiera corregirse, ¿qué te prometes? ¿Desesperando pereces, o esperando? Quienquiera que desesperando pereces, dices esto en tu alma: Mi iniquidad está sobre mí, en mis pecados me consumo, ¿qué esperanza tengo de vivir? Escucha al Profeta diciendo: No quiero la muerte del impío, sino que se convierta el impío de su mal camino, y viva (Ezequiel XXXIII, 11). ¿Pereces esperando? ¿qué es, pereces esperando? Dices esto en tu alma: Dios es bueno, Dios es misericordioso, perdona todo, no devolverá mal por mal. Escucha al Apóstol diciendo: ¿Ignoras que la paciencia de Dios te lleva al arrepentimiento? ¿Qué queda entonces? Como si hubieras hecho algo, si ha entrado en el corazón lo que dije. Veo qué se me responde: es verdad, ni desespero para perecer desesperando, ni espero mal para perecer esperando; no me digo: Mi iniquidad está sobre mí, ya no tengo esperanza; ni me digo: Dios es bueno, no devolverá mal a nadie, ni digo eso, ni digo eso; el Profeta me presiona, el Apóstol me presiona. ¿Y qué dices? Aún viviré un poco de tiempo como quiero. Estos son los que nos fatigan; son muchos, son molestos. Aún viviré un poco de tiempo como quiero, después, cuando me corrija; ciertamente es verdad lo que dijo el Profeta; No quiero la muerte del impío, sino que se convierta el impío de su mal camino, y viva: cuando me convierta, borrará

todos mis males, ¿por qué no añado algo a mis placeres, y vivo cuanto quiero, como quiero, después me convertiré a Dios? ¿Por qué dices esto, hermano? ¿por qué? Porque Dios prometió indulgencia, si me cambio. Veo, sé que prometió indulgencia por medio del santo Profeta, esto lo promete por medio de mí, su mínimo siervo. ¿Promete? es verdad lo que promete, esto lo prometió por su único Hijo. Pero ¿por qué quieres añadir días malos a días malos? basta al día su malicia: el día de ayer fue malo, el de hoy es malo, el de mañana es malo. ¿O piensas que son buenos días cuando satisfaces tus placeres? cuando en lujurias alimentas tu corazón? cuando acechas la castidad ajena? cuando con fraude entristeces a tu prójimo? cuando niegas lo encomendado? cuando juras falso por una moneda? cuando te ofreces un buen almuerzo, ¿crees que llevas un buen día? ¿Cómo puede ser un buen día, cuando el hombre es malo? ¿quieres añadir días malos a días malos? te ruego un poco, dice, se me permita; ¿por qué? porque Dios me prometió indulgencia, pero nadie te prometió que vivirás mañana, o léeme. ¿Cómo me lees al Profeta, al Evangelio, al Apóstol; que cuando te conviertas Dios borrará todas tus iniquidades: léeme, donde se te prometió el día de mañana, y vive mal mañana. Aunque, hermano mío, no debí decirte esto. Tal vez tu vida será larga: si será larga, que sea buena. ¿Por qué quieres tener una vida larga, y mala? o no será larga: y esa larga debe deleitarte, que no tiene fin. O será larga, y ¿qué mal habrá porque viviste bien mucho tiempo? Tú quieres vivir mal mucho tiempo, no quieres bien, y sin embargo nadie te prometió el día de mañana. Corrígete, escucha de la Escritura. No me desprecies como a un hombre de cumpleaños. Te hablo de la Escritura santa: No tardes en convertirte al Señor: Estas palabras no son mías, pero también son mías; si amo, son mías; amen y serán tuyas. Este discurso que ahora digo, es la Escritura santa, si lo desprecias, es tu adversario. Pero escucha al Señor diciendo: Concíliate con tu adversario pronto (Mat. V, 25). [¿Qué es este discurso terrible? Vinieron a la alegría: hoy se dice que es el natalicio del Obispo: ¿acaso debo poner algo que los entristezca? más bien pongo esto, de lo que se alegrará el amante, se enojará el despreciador: es mejor para mí entristecer al despreciador, que defraudar al fiel.]

III. Escuchen todos, recito palabras de la Escritura, oh mal dilatador, oh mal apeteedor del mañana, escucha al Señor diciendo, escucha la sagrada Escritura predicando; desde este lugar soy vigilante: No tardes en convertirte a Dios, ni lo postergues de día en día. Mira, si no los ha visto, mira si no los ha inspeccionado, aquellos que dicen: Mañana viviré bien, hoy viviré mal. Y cuando llegue el mañana, dirás esto. No tardes en convertirte a Dios, ni lo postergues de día en día, porque de repente vendrá su ira, y en el tiempo de la venganza te destruirá (Eccl. V, 8, 9). ¿Qué he hecho yo? ¿puedo borrar eso? temo ser borrado. ¿Puedo callarlo? temo ser llamado. Me veo obligado a predicar, aterrado atemoriza. Teman conmigo, para que se alegren conmigo. No tardes en convertirte a Dios. Señor, mira, porque digo, Señor, tú sabes que me aterrorizaste, cuando se leía tu Profeta; Señor, sabes en aquella cátedra mi temblor cuando se leía tu Profeta. He aquí que digo: No tardes en convertirte a Dios, ni lo postergues de día en día, de repente vendrá su ira, y en el tiempo de la venganza te destruirá, pero no quiero que te pierdas; no quiero que me digas. Quiero perecer; porque yo no quiero: es mejor mi no quiero, que tu quiero. Si tu padre letárgico estuviera enfermo entre tus manos, y estuvieras presente joven al anciano enfermo, y dijera el médico: Tu padre está en peligro, este sueño es una cierta pesadez letal, obsérvalo, no lo dejes dormir. Si lo ves dormir, despiértalo; si es poco despertarlo, pellízcalo; si esto también es poco, estimúlalo, para que no muera tu padre. Estarías presente y serías joven gravoso para el anciano. Él, resuelto en dulce enfermedad, iría, cerraría los ojos por esa pesadez que lo oprime. Tú, en cambio: No duermas; y él: Déjame, quiero dormir; y tú: Pero el médico dijo: Si quiere dormir, que no duerma; y él: Te ruego, déjame, quiero morir; pero yo no quiero, dices hijo al padre. ¿A quién? ciertamente al que desea morir. Y sin embargo, quieres posponer la muerte de tu

padre, y vivir un poco más con tu padre anciano moribundo. El Señor te clama: No duermas, para que no duermas eternamente; despierta para que vivas conmigo, y tengas un Padre, al que nunca lleves al sepulcro; y tú eres sordo. ¿Qué he hecho entonces como vigilante? soy libre, no los agravio. Sé que algunos dirán, ¿qué quiso decirnos? nos aterrorizó, nos agravó, nos hizo culpables. En realidad, quise liberarlos de la culpa. Es feo, es vergonzoso, no quiero decir malo, no quiero decir peligroso, no quiero decir destructivo; es vergonzoso, que los engañe, si Dios no me engaña. El Señor amenaza con muerte a los impíos, a los más malvados, a los defraudadores, a los criminales, a los adúlteros, a los buscadores de placeres, a sus despreciadores, a los que murmuran de los tiempos, y no cambian sus costumbres; el Señor les amenaza con muerte, les amenaza con el infierno, les amenaza con la destrucción eterna. ¿Qué quieren, que yo prometa, lo que él no promete? He aquí que el procurador te dará seguridad; ¿de qué te sirve, si el Padre de familia no lo acepta? Soy procurador, soy siervo. ¿Quieres que te diga: Vive como quieras, el Señor no te perderá? el procurador te dio seguridad; la seguridad del Procurador no vale nada. ¡Ojalá el Señor te diera, y yo te hiciera solícito! Porque la seguridad del Señor vale, aunque yo no quiera; la mía en verdad no vale nada, si él no quiere. Pero, ¿cuál es la seguridad, hermanos, ya sea mía, ya sea vuestra, sino que escuchemos atentamente y diligentemente los mandatos del Señor, y esperemos fielmente las promesas? En estas cosas, en las que nos fatigamos, porque somos humanos, imploremos su ayuda, gemimos hacia él; nuestras oraciones no sean por cosas mundanas, pasajeras, transitorias, y que se desvanecen como vapor; sino que nuestras oraciones sean por la misma justicia a cumplir, y santificación por el nombre de Dios; no para vencer a los vecinos, sino para vencer la lujuria; no para saciar, sino para domar la avaricia. De aquí sean nuestras oraciones; que nos ayuden internamente luchando, para que coronen venciendo.

SERMO III. Sobre el desprecio de las cosas temporales.

El Códice MS. núm. 173, cuyo título es Tomo 12 de las Obras de Agustín. Contiene tratados y sermones, la mayor parte de los cuales coincide con los editados, pero los restantes presentan, además de lecturas variantes, períodos ausentes en los editados. De estos últimos he seleccionado uno lleno de variantes casi innumerables. Pues no me atrevo a juzgar si surgieron de los Notarios que escribían apresuradamente, y luego restauraban los escritos, o si Agustín las introdujo, quien tal vez primero pronunció el sermón de manera improvisada y luego lo escribió, como confesó haber hecho en el libro 15 sobre la Trinidad, he considerado más prudente que lo juzguen los eruditos, y que a partir de este único decidan qué pensar de los otros escritos en el mismo Códice. Pero también el Códice núm. 219, titulado, Dídimo sobre el Espíritu Santo, y otros, contiene este sermón, en nada diferente del código anterior. Los Maurinos en el Tomo 5, núm. 345, lo publicaron ejemplado de los Colbertinos y Sirmondianos, sin sospechar en absoluto que careciera de su integridad.

Nos advierte tanto la solemnidad de los Mártires como el día del Señor que hablemos a vuestra Caridad sobre el desprecio del presente siglo y la esperanza del futuro. ¿Buscas qué despreciar? Todo santo y piadoso Mártir también despreció la vida presente. ¿Buscas qué esperar? Hoy el Señor ha resucitado. Si titubeas en la realidad, sé fuerte en la esperanza. Si la obra te turba, que te levante la recompensa. La primera lectura apostólica en la Epístola que escribe a Timoteo también nos advierte, cuando le ordena diciendo: "Manda a los ricos de este mundo que no sean altivos, ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que sean ricos en buenas obras, que den con facilidad, que compartan, que atesoren para sí un buen fundamento para el futuro, para que alcancen la verdadera vida" (1 Tim. VI, 17 y ss.). [Y esta lectura no nos parece menos adecuada para la solemnidad de los bienaventurados

Mártires; pues contiene el desprecio del siglo. Porque cuando se ordena a los ricos que atesoren para sí un buen fundamento para el futuro y alcancen la verdadera vida, sin duda esta vida es falsa.] Y esto deben oír especialmente los ricos, quienes, cuando miran a los pobres, murmuran, gimen, alaban, envidian, desean ser iguales, se duelen de ser desiguales, y entre los elogios de los ricos suelen decir: solo ellos son, solo ellos viven. Por estas palabras, con las que los hombres humildes adulan a los ricos [Porque ellos viven, y solo ellos viven, para que no se inflen con estas palabras aduladoras pensando que viven, Manda, dice, a los ricos de este mundo, que no sean altivos, ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que sean ricos, pero ¿dónde? En buenas obras: que den con facilidad porque no pierden lo que dan: que compartan con aquellos que no tienen. ¿Y qué de esto? Que atesoren para sí un buen fundamento para el futuro, para que alcancen la verdadera justicia, no asintiendo a los aduladores que les dicen que viven, y que solo ellos viven.] Esta vida es un sueño; estas riquezas fluyen como en sueños. ¿Escuchas el Salmo? Oh rico paupérrimo, "Durmieron su sueño, y nada hallaron todos los hombres de riquezas en sus manos" (Sal. LXXV, 6). A veces también un mendigo yaciendo en la tierra, temblando de frío, ocupado sin embargo en el sueño, sueña con tesoros, y se alegra y se enorgullece en sueños, y no se digna reconocer a su padre harapiento, y hasta que despierta es rico. ¿Cuando duerme, encuentra algo de lo que alegrarse falsamente? Cuando despierta, encuentra algo de lo que dolerse verdaderamente. El rico, por tanto, al morir, es semejante al pobre que despierta, que veía tesoros en sueños. Pues también aquel se vestía de púrpura y lino fino. Un cierto rico, ni nombrado ni digno de ser nombrado, despreciador del pobre que yacía ante su puerta, se vestía de púrpura y lino fino, como es testimonio evangélico, y banqueteaba espléndidamente cada día; murió, fue sepultado: despertó y se encontró en llamas (Luc. XVI, 19). Durmió, pues, su sueño y nada halló aquel hombre de riquezas en sus manos, porque nada bueno hizo con sus manos. Por tanto, las riquezas se buscan para la vida, no la vida para las riquezas. ¿Cuántos han pactado con sus enemigos para que les quiten todo y les dejen la vida? Cuanto más tenían, tanto más compraron la vida. ¿Cuánto vale la vida eterna, si tan preciosa es la vida perecedera? Da algo a Cristo para que vivas feliz, si das todo al enemigo para vivir como mendigo. De tu vida temporal, que redimes a tan alto precio, estima cuánto vale la eterna que descuidas, para que vivas pocos días, aunque llegues a la vejez. Pues todos los días del hombre desde la infancia hasta la vejez son pocos días. Y si el mismo Adán muriera hoy, habría vivido pocos días, porque todos los habría terminado. ¿Redimes, pues, pocos días, y estos laboriosos en tanta escasez; en tanta tentación? ¿Cuánto? ¿No quieres tener nada para tenerte a ti mismo? ¿Quieres saber cuánto vale la vida eterna? Añade también a ti mismo. He aquí que el enemigo que te había capturado te dijo: Si quieres vivir, dame todo lo que tienes, y para vivir le diste todo, hoy redimido, mañana quizás morirás; liberado por este, quizás serás empujado por aquel. Que nos instruyan los peligros, hermanos míos. ¿Qué tan ignorantes somos entre las palabras de Dios y las experiencias humanas? He aquí que diste todo, y te fuiste gozoso porque vives, aunque pobre, aunque desnudo, aunque necesitado, aunque mendigo, te alegras sin embargo porque vives, y la luz es dulce. Que aparezca Cristo, que también él pacte, no quien te capturó, sino quien fue capturado por ti, no quien busca matarte, sino quien se dignó morir por ti, quien se dio por ti. ¿Cuánto es el precio? Quien te hizo te dice. Páctame: ¿quieres tenerte a ti mismo y perderlo todo? Si quieres tenerte a ti mismo, es necesario que me tengas a mí, para que te odies a ti mismo, para que me ames a mí y encuentres tu vida perdiéndola, no perdiéndola al retenerla. De estas riquezas tuyas, que amas poseer, y que sin embargo estás dispuesto a dar por tu vida presente, ya he dado un consejo saludable. Si las amas también, no las pierdas: pero donde las amas, contigo perecerán. También doy consejo sobre ellas: ¿Las amas? Envíalas a donde las seguirás, para que no, al amarlas en la tierra, las pierdas vivo o las dejes muerto. Y de esto, dice, he dado

consejo: no dije: Pierde, sino guarda: quieres atesorar, no digo que no, sino que digo dónde. Tóname como consejero, no como prohibidor. ¿Dónde, pues, digo que atesores? Atesorad para vosotros tesoros en el cielo, donde el ladrón no se acerca, ni la polilla, ni el orín destruyen (Mat. VI, 20). Pero no veo, dices, lo que pongo en el cielo. Pues ves lo que entierras en la tierra. ¿Estás seguro enterrando en la tierra y estás ansioso dándolo a quien hizo el cielo y la tierra? Guarda donde quieras, si encuentras mejor que Cristo, guarda, encomienda. Encomiendo, dices, a mi siervo. ¿Cuánto mejor a tu Señor? El siervo quizás roba y huye; y entre tantos males que ya han sucedido, fue deseable que el siervo robara y huyera, no que condujera a los enemigos a su Señor. Muchos siervos se han vuelto de repente enemigos de sus amos, y los han traicionado a los enemigos con lo que tenían. ¿A quién, pues, encomiendas? Mientras tanto, dices, encomiendo mi oro a mi siervo. ¿Tu oro al siervo: tu alma a quién? Encomiendo, dices, mi alma a Dios. ¿Cuánto mejor a él también tu oro, a quien también tu alma? ¿O acaso es fiel en guardar tu alma, y es infiel en guardar tu dinero? ¿No te guarda quien te guarda a ti? Haz, pues, fe. El siervo actúa para no robar: ¿acaso actúa para no perder? Toda su fe es no defraudarte; atiendes a su fe, y no atiendes a su debilidad? Lo puso, no lo ocultó; vino otro, lo robó. ¿Acaso alguien hará esto a Cristo? Despierta la pereza, toma el consejo: atesora en el cielo. ¿Y qué dije, despierta la pereza? como si fuera un trabajo atesorar en el cielo: aunque fuera un trabajo, debía hacerse y debía asumirse el trabajo, y debían depositarse las cosas que consideramos valiosas en un lugar seguro de donde nadie pudiera quitarlas. Sin embargo, Cristo no te dice, atesora en el cielo, busca escaleras, ajusta alas, sino dame en la tierra, y allí lo guardaré. En la tierra, dice, dame a mí, por eso vine a ser pobre aquí, para que tú seas rico allí. Haz el envío. Temes al defraudador para no perder. ¿Buscas quién lleve a donde te mudas? Cristo está contigo en ambos. No hace fraude, sino que hace transporte. Pero, dices, ¿dónde encuentro a Cristo? Cuando mi fe tiene lo que escuché en la Iglesia; esto aprendí, así creí, así fui instruido en el Sacramento: fue sepultado, resucitó al tercer día, después de cuarenta días ascendió al Cielo ante los ojos de sus Discípulos, está sentado a la derecha del Padre, vendrá al final; ¿dónde lo encuentro aquí? ¿a quién le doy? No te preocupes, escucha todo, o si escuchaste todo, dilo todo. Sé que recibiste esto, Cristo fue colgado en la cruz, fue bajado del madero, fue puesto en el sepulcro, resucitó, ascendió al Cielo; pero también leíste que cuando Saulo perseguía a su Iglesia, arrogante, cruel, anhelando matanzas, y sediento de la sangre de los cristianos, cuando se enfurecía, cuando perseguía llevando cartas a Damasco, para que a quienes encontrara de esta disciplina, hombres y mujeres, los llevara atados a castigos (Hechos VI, 2). ¿Escuchaste qué proclamó, a quien confiesas sentado en el cielo? Recuerda, pues, qué dijo, qué escuchaste, qué leíste: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" Pues Pablo ni lo veía, ni lo tocaba, y sin embargo él decía: "¿Por qué me persigues?" No dijo: "¿Por qué persigues a mi familia, a mis siervos, a mis santos, añade honor, a mis hermanos, nada de esto; sino qué dijo?" "¿Por qué me persigues?" es decir, mis miembros, por los cuales en la tierra pisoteados clamaba la cabeza desde el cielo; porque también por tu pie, si es pisoteado en la tierra, clama tu lengua; no pisoteas mi pie, sino que me pisoteas a mí. ¿Por qué, entonces, dudas a quién dar? Quien dijo: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" él mismo te dice: "Aliméntame en la tierra": Saulo se enfurecía, y sin embargo perseguía a Cristo. Así también tú en la tierra distribuye, y alimentas a Cristo. Pues esta cuestión, por la que te inquietas, el mismo Señor la predijo. Se inquietarán, y aquellos que serán puestos a la derecha, y cuando diga: "Tuve hambre, y me disteis de comer"; responderán: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento?" y oirán de inmediato: "Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mat. LXXV, 35). Si, pues, no quieres dar, tienes de qué acusarte, pues no tienes de qué excusarte. De estas riquezas, pues, te dice tu Señor: he dado un consejo muy saludable: ¿las amas? envíasalas; y cuando te mudes las seguirás, síguelas mientras tanto con el corazón. Porque donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón. Si encomiendas el tesoro a la tierra,

entierras también el corazón en la tierra: pero cuando entierras el corazón en la tierra, avergüénzate cuando respondes, (cuando escuchas "Arriba el corazón") lo tenemos hacia el Señor. He dado, dice, un consejo saludable sobre tus riquezas, si lo haces, si escuchas, si eres tal rico como describe el Apóstol, para que no seas altivo, ni pongas tu esperanza en la incertidumbre de las riquezas, que des con facilidad, que compartas. Atesora para ti un buen fundamento para el futuro, para que alcances la verdadera vida. Ahora pregúntame, dice tu Señor; he aquí que he enviado al cielo lo que tengo, ya sea distribuyendo todo, o lo que queda teniéndolo así como si no lo tuviera, usando este mundo como si no lo usara. ¿Vale tanto el reino de los cielos? He aquí si hice esto, ¿vale tanto? ¿Es caro? Vale más caro. Pues no es realmente tal que deba valer tanto; vivirás eternamente. Quien daría todos estos tesoros por la vida de pocos días, allí serás verdaderamente rico, porque no necesitarás. Pero haces esto cuando quieres ser rico, para no necesitar en la tierra. Y por eso te acumulas, y te amontonas denso lodo, con el que te agobias, con el que te oprimas, con el que, al secarse, te encierras más estrechamente. Por tanto, para no necesitar, buscas muchos animales para el transporte, abundantes banquetes para el sustento, vestiduras preciosísimas para el vestido. Pero para que tú seas rico y el Ángel pobre, que no usa caballo, ni se transporta en carro, ni llena su mesa con aparatos, ni se le teje vestidura, porque se viste de luz, aprende las verdaderas riquezas. Tú quieres tener estas, para tener con qué endulzar la garganta y llenar el vientre: él te hace verdaderamente rico, quien te concede no tener hambre. Esto es no necesitar en absoluto, no tener hambre: Pues por mucho que tengas, cuando llega la hora de almorzar, o antes de que te sientes a la mesa, cuando tienes hambre eres indigente. Finalmente, alejados los banquetes, jadeas orgulloso. Esta no es la satisfacción de las necesidades, sino el humo de las preocupaciones. Mira lo que piensas sobre aumentar estas riquezas tuyas. Mira si duermes fácilmente cuando piensas en no perder donde guardaste, o en aumentar lo que guardaste. ¿Encontraste, pues, riquezas, quien encontró descanso? Cuando estás despierto, piensas en el aumento de las riquezas; cuando duermes, sueñas con ladrones: de día ansioso, de noche temeroso, siempre mendigo.

Verdaderamente, quien te promete el reino de los Cielos quiere hacerte rico. ¿Y cuánto crees que pagarás por esas verdaderas riquezas, esa verdadera vida, y además eterna? ¿Por qué? ¿Crees que es verdadera porque estás dispuesto a pagar tanto por ella, como estuviste dispuesto a pagar por estos pocos días laboriosos y miserables? Algo que es mucho mayor debe valer más. ¿Y qué haré, preguntas? Todo lo que tenía lo di a los pobres, y lo que tengo lo comparto con los necesitados, ¿qué más puedo hacer? Tienes más, a ti mismo; te tienes a ti mismo; eres parte de tus posesiones; debes añadirsete. Presta atención al consejo de tu Señor que dio al rico: Ve, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres. ¿Y acaso lo dejó después de decir esto? Y para que él no pensara que perdería lo que amaba, primero lo aseguró, porque no lo perdió, sino que lo guardó: Tendrás, dijo, un tesoro en el cielo. ¿Es suficiente esto? No. ¿Y qué más? Ven, sígueme (Mat. XIX, 21). ¿Amabas? ¿Quieres seguir? Corrió, voló; ¿a dónde? No sé a dónde. ¿Oh cristiano? ¿No sabes a dónde fue tu Señor? ¿Quieres que te diga cómo seguirlo? A través de presiones, a través de oprobios, a través de falsas acusaciones, a través de escupitajos en la cara, a través de bofetadas y azotes, a través de la corona de espinas, a través de la cruz, a través de la muerte. ¿Por qué eres perezoso? Querías seguir, se te mostró el camino. Y tú: ¿quién lo sigue? Avergüénzate, barbudo. Las mujeres lo siguieron, cuyas festividades celebramos hoy. Celebramos hoy la solemnidad de las Mártires, las de Tuburbium. Vuestro Señor, nuestro Señor, su Señor, el Señor de todos, el Redentor de nuestra vida, al preceder por el camino estrecho y áspero, lo hizo un camino real, fortificado, [y puro, en el que deleitaría incluso a las mujeres caminar, ¿y aún eres perezoso? ¿No quieres derramar sangre por tanta sangre? Esto te dice tu Señor: primero sufrí por ti; da lo que

recibiste, devuelve lo que bebiste. ¿No puedes tú? Pudieron los niños y las niñas; pudieron los delicados y las delicadas; pudieron los ricos y los grandes ricos, quienes, cuando la tentación de la pasión irrumpió de repente, no fueron retenidos por la abundancia de riquezas, ni cautivados por la dulzura de esta vida, pensando en aquel rico que terminó sus riquezas y encontró tormentos, y no enviaron sus riquezas por delante, sino que más bien las precedieron en el martirio. ¿Con tantos ejemplos precedentes eres perezoso? Y sin embargo celebras las fiestas de los Mártires. Hoy es el natalicio de los Mártires; precederé, dices, y tal vez con una mejor túnica. Mira con qué conciencia, ama lo que haces; imita lo que celebras; haz lo que alabas. Pero yo no puedo. El Señor está cerca, no os preocupéis (Filip. IV, 6). Yo, dices, no puedo; no temas a la fuente misma: de donde ellas se llenaron, tú también puedes llenarte, si te acercas ávido, si no te hinchas como una colina, sino que te humillas como un valle, para que merezcas ser llenado. No nos sean duras, hermanos, especialmente en estos tiempos de abundante presión: El mundo fue despreciado por los Mártires cuando florecía. Verdaderamente fue despreciado con gran alabanza cuando florecía, y es amado cuando perece. Ellos despreciaron sus flores, y tú abrazas sus espinas. Si eres perezoso para partir, al menos que te asuste la casa en ruinas. Pero el pagano se burla de ti. ¿De qué se burla el pagano de ti? En verdad es tiempo de que el pagano se burle de ti, porque se cumplen las predicciones de tu Señor. Más correctamente se burlaría de ti, si no se cumplieran las cosas que él predijo. Él niega a Dios, a quien adoras, tú, por las cosas que sufre el mundo, muestra que es veraz, y no te entristezcas por las predicciones, alégrate por las promesas. Porque vino en el tiempo en que el mundo, ya envejecido, como hecho para ser terminado, iba a abundar en desastres, calamidades, angustias y molestias. Vino para tu consuelo, para que no desfallecieras en las presiones de la vida perecedera y transitoria, prometió otra vida. Antes de que el mundo sufriera estas aflicciones y calamidades, fueron enviados los Profetas; fueron enviados los siervos a este gran enfermo, a la raza humana, como a un hombre enfermo extendido desde Oriente hasta Occidente, yacente; el Médico poderoso envió a sus siervos. Llegó el momento en que tales accesos vendrían a este enfermo, en los que iba a sufrir mucho. Y dijo el Médico: Este enfermo va a sufrir mucho, yo soy necesario. Ya el necio enfermo le dice al Médico: Señor, sufro desde que viniste: Necio, no sufres por eso, porque vine, sino porque ibas a sufrir, vine. En resumen, hermanos, ¿por qué decimos muchas cosas? El Señor acortó su palabra sobre la tierra (Rom. IX, 28). Vivamos bien, y por nuestra buena vida no esperemos los bienes transitorios de la tierra. La felicidad terrenal es una recompensa vil para una buena vida; no vale tanto lo que aquí vives bien, como lo que aquí deseas; aunque deseando tales cosas ni siquiera vives bien, si quieres cambiar de vida, cambia tu deseo. Guardas la fe a Dios, y por eso para ser feliz en la tierra; y eso es todo para ti. ¿Por qué guardas la fe a Dios? ¿Tu fe vale tanto? ¿La estimas tanto? ¿Así la presentas? Si tienes algo en venta en la tierra, y negocias con el comprador, tú dices un precio más alto, él uno más bajo; vale tanto, dices, porque exageras lo que vendes; y él: No vale tanto, sino tanto; y se da a sí mismo un precio más bajo, queriendo comprar más barato. El Señor Cristo te corrige. Tú le dices a tu Señor Cristo: Señor, te sirvo con fe, y tú dame en la tierra. Necio, lo que vendes no vale tanto; te equivocas, no sabes lo que tienes. Guardas la fe, ¿y buscas la tierra? Tu fe vale más que la tierra, no sabes valorarla. Yo sé cuánto vale, quien te la di; vale tanto como toda la tierra; añade la tierra y el cielo: vale más. ¿Y qué es más que la tierra y el cielo? Aquel que hizo tanto la tierra como el cielo. Convertidos al Señor.

SERMO IV. Sobre el Natalicio del Señor.

El sermón número 189 del Tomo V. Los Maurinos lamentan no haberlo visto en ningún manuscrito para restaurar los pasajes menos íntegros o mal ensamblados. Lo he restaurado a su integridad ejemplar a partir de siete códices, de los cuales tres son antiguos leccionarios,

que los monjes usaban en el coro para la recitación solemne del oficio, entre los cuales destaca el Códice número 106, elegantemente copiado por la propia mano de León de Ostia, quien añadió la fecha y su nombre, y adornó el códice con figuras. Otros dos códices son breviarios con caracteres latinos del siglo XIV, antes de la época de Urbano V, pues leen los Salmos de la edición romana, no de la galicana, que ese Pontífice prescribió a los de Montecassino. Los otros dos contienen sermones de diversos autores, y así también están titulados. En estos siete códices hay una lectura constante del sermón, y un título que concuerda con la edición Maurina. La Biblioteca Medicea Laurentiana informa que este mismo sermón completo se encuentra en el Códice 1. Plut. XIV, tal como en nuestros códices.

SANTIFICÓ para nosotros este día el día que hizo todos los días, del cual el Salmo canta: Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor toda la tierra; cantad al Señor y bendecid su nombre (Sal. XCV, 1, 2). Anunciad bien de día en día su salvación. ¿Quién es este día del día, sino el Hijo del Padre, luz de luz? Pero ese día que engendró al día, que nacería de la Virgen en este día. Por lo tanto, ese día no tiene amanecer, no tiene ocaso. Llamo día al Padre Dios. [Porque Jesús no sería día del día, si el Padre no fuera también Día.] ¿Qué es el día sino luz? No la luz de los ojos carnales, no la luz común a los hombres y a los animales, sino la luz que brilla a los ángeles, la luz que purifica los corazones para verla. Porque esta noche en la que ahora vivimos pasa, en la que se nos encienden las lámparas de las Escrituras, y vendrá aquello que en otro Salmo se canta: Por la mañana estaré ante ti y te contemplaré (Sal. V, 5). Por lo tanto, ese día es el Verbo de Dios, el día que brilla a los ángeles, el día que brilla en aquella Patria de la que somos peregrinos, se vistió de carne y nació de María Virgen. Nació de manera maravillosa. ¿Qué hay más maravilloso que el parto de una Virgen? ¿Concibió y es virgen? ¿Da a luz y es virgen? Porque fue creado de aquella a quien creó, y le otorgó fecundidad, no corrompió su integridad. ¿De dónde María? De Adán. ¿De dónde Adán? De la tierra. Si Adán de la tierra, y María de Adán, entonces también María es tierra. Si María es tierra, reconozcamos lo que cantamos: La Verdad brotó de la tierra. ¿Qué beneficio nos otorgó? ¿La Verdad brotó de la tierra? y la justicia miró desde el cielo (Sal. LXXXIV, 12). Porque los judíos, como dice el Apóstol, ignorando la justicia de Dios y queriendo establecer la suya propia, no se sometieron a la justicia de Dios (Rom. X, 3). ¿De dónde puede el hombre ser justo? ¿De sí mismo? ¿Quién pobre se da pan a sí mismo? ¿Quién desnudo se cubre, si no recibe vestimenta? [No teníamos justicia; solo había pecados aquí.] ¿De dónde la justicia? ¿Qué justicia sin fe? Porque el justo vivirá por la fe (Rom. I, 17). Quien sin fe se dice justo, miente. ¿Cómo no miente en quien no hay fe? Si quiere decir la verdad, que se convierta a la verdad. Pero estaba lejos. La Verdad brotó de la tierra. Dormías, vino a ti; roncabas, te despertó; te hizo un camino por sí mismo, para no perderte. Por lo tanto, porque la Verdad brotó de la tierra, nuestro Señor Jesucristo nació de la Virgen; la Justicia miró desde el cielo, para que los hombres tuvieran justicia no suya, sino de Dios. ¡Cuánta dignación! ¡Qué indignación precedió! ¿Qué indignación precedió? Éramos mortales, estábamos oprimidos por los pecados, llevábamos nuestras penas. Todo hombre, cuando nace, comienza con miseria. No busques al profeta; interroga al recién nacido, y verás que llora. Cuando, por lo tanto, había en la tierra una gran indignación de Dios, ¿qué dignación se hizo de repente? La Verdad brotó de la tierra. Creó todo, fue creado entre todo; hizo el día, vino en el día; era antes de los tiempos, marcó los tiempos. El Señor Cristo eternamente sin principio con el Padre; [y sin embargo hoy pregunta qué es. Es el Natalicio. ¿De quién? Del Señor. ¿Tiene Natalicio? Tiene. ¿En el principio el Verbo, Dios con Dios, tiene natalicio? Tiene.] Si no tuviera generación humana, no llegaríamos a la regeneración divina: nació, para que renaciéramos. Nadie dude en renacer, Cristo nació: fue generado, no regenerado. ¿A quién le era necesaria la regeneración, sino a quien tiene una generación condenada? Que en

nuestros corazones se haga su misericordia. Lo llevó su Madre en el vientre, llevémoslo en el corazón; la Virgen quedó embarazada por la encarnación de Cristo, que nuestros pechos se llenen de fe en Cristo; dio a luz al Salvador, demos a luz alabanza. No seamos estériles; que nuestras almas sean fecundas para Dios. La generación de Cristo del Padre sin Madre; la generación de Cristo de la Madre sin Padre: ambas generaciones son maravillosas. La primera generación eterna, la segunda temporal. [¿Cuándo nació del Padre? ¿Qué es cuándo? ¿Buscas allí cuándo, donde no encontrarás tiempo? No busques allí cuándo. Aquí busca cuándo: ¿Cuándo de la Madre buscas bien. Cuándo del Padre no buscas bien; nació, y no tiene tiempo;] nació eterno del eterno, coeterno. ¿Qué te asombra? Es Dios. Se considera la Divinidad, y desaparece la causa de la admiración. [Y cuando decimos, nació de la Virgen; ¡gran cosa! ¿Te asombras? Es Dios; no te asombres:] que pase la admiración, que se acerque la alabanza. Que esté presente la fe; cree que fue hecho. [Si no crees que fue hecho, tú permaneces incrédulo. Se dignó hacerse hombre, ¿qué más buscas?] ¿No es suficiente que Dios se haya humillado por ti? Quien era Dios, se hizo hombre; el albergue era estrecho, envuelto en pañales fue puesto en un pesebre: lo escuchaste cuando se leyó el Evangelio. ¿Quién no se asombra? Aquel que llenaba el mundo, no encontraba lugar en el albergue; puesto en un pesebre, se hizo nuestro alimento. Que se acerquen al pesebre dos animales, dos pueblos: porque el buey conoció a su dueño, y el asno el pesebre de su Señor. Atiende al pesebre; no te avergüences de ser bestia de carga del Señor. Llevarás a Cristo, no errarás; caminando por el camino, [pero sentado sobre ti el camino. ¿Recuerdas aquel asno llevado al Señor? Nadie se avergüence, somos nosotros.] Que el Señor se siente sobre nosotros, y nos llame a donde quiera. Somos su bestia de carga, vamos a Jerusalén. Con él sentado no somos oprimidos, sino elevados; con él guiando no erramos, vamos a él, por él vamos, no perecemos.

SERMO V. Pronunciado en Cartago en la Mesa de San Cipriano el sexto día antes de los Idus de septiembre sobre lo que el Apóstol dice a los Gálatas: Hermanos, si un hombre es sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, etc.

Los siguientes sermones, aún no publicados, constituyen otra clase que ahora ven la luz por primera vez, y tendrán, creo, defensores en todos aquellos que hayan estado un tiempo en la lectura de Agustín. Este primero lo he transcrito del código 17, mencionado anteriormente, y le he asignado el mismo título que lleva en el código. No lo encontré en las bibliotecas publicadas, y si deseas insertarlo en los sermones de la Edición Maurina, lo pondrás antes del sermón 164. Es evidente para quienes leen el comentario de Floro que este bebió de esta fuente para explicar los primeros versículos del capítulo 6 de la epístola a los Gálatas. Los Maurinos, ignorando este sermón, pensaron que Floro había trasladado las mismas sentencias del mencionado sermón 164; pero allí solo se trata de llevar la carga propia y ajena, mientras que aquí se exponen los seis primeros versículos, y el comentario de Floro no difiere de esta exposición.

I. RECUERDEN la lectura de la Epístola apostólica: Hermanos, dice, si un hombre es sorprendido en alguna falta, ustedes que son espirituales, instruyan a tal persona con espíritu de mansedumbre, cuidando de ustedes mismos, no sea que también sean tentados. Lleven los unos las cargas de los otros, y así cumplirán la Ley de Cristo. Porque si alguien piensa que es algo, cuando no es nada, se engaña a sí mismo. Cada uno examine su propia obra, y entonces tendrá motivo de gloriarse solo en sí mismo, y no en otro. Comparta el que es instruido en la palabra con el que lo instruye en todas las cosas buenas. No se engañen, Dios no puede ser burlado; pues todo lo que el hombre siembre, eso también cosechará; porque el que siembra para su carne, de la carne cosechará corrupción; pero el que siembra para el Espíritu, del

Espíritu cosechará vida eterna. No nos cansemos de hacer el bien, porque a su tiempo cosecharemos si no desmayamos. Así que, mientras tengamos oportunidad, hagamos el bien a todos, y especialmente a los de la familia de la fe (Gálatas VI, 1 y siguientes, según la versión Itala). Hasta aquí se ha recitado de la Epístola de Pablo: hasta aquí he sido su lector. Pero, hermanos míos, si el lector ha sido entendido, ¿para qué es necesario un expositor? He aquí que hemos escuchado, hemos entendido, hagamos y vivamos. ¿Y qué necesidad hay de sobrecargar su memoria? Retengan esto y mediten sobre ello. ¿Acaso a alguno de ustedes le inquieta cómo debe entenderse lo que dice: Lleven los unos las cargas de los otros, y poco después dice: Cada uno llevará su propia carga? Porque dicen en sus corazones, quienes han notado esto: ¿Cómo llevamos los unos las cargas de los otros, si cada uno llevará su propia carga? Confieso, es una cuestión. Llamen, y se les abrirá: llamen prestando atención, llamen estudiando, llamen también por nosotros, para que podamos decirles algo digno, orando: así, al llamar, nos ayudan, y pronto esta cuestión será resuelta. Ojalá que tan pronto como se resuelva, cada uno opere eficazmente lo que ha entendido. En el peso de la debilidad llevamos los unos las cargas de los otros: en la razón de la piedad cada uno llevará su propia carga. ¿Qué es lo que he dicho? Todos los hombres, ¿qué somos sino hombres, y por tanto débiles, y que no estamos completamente sin pecado? En esto llevamos los unos las cargas de los otros. Porque si te has cansado del pecado de tu hermano, y él del tuyo, se descuidan mutuamente, y cometen un gran pecado. Pero si tú toleras lo que él no puede, y él tolera lo que tú no puedes, llevan los unos las cargas de los otros, y porque llevan los unos las cargas de los otros, cumplen la ley sagrada de la caridad. Esta es la Ley de Cristo, la ley de la caridad es la Ley de Cristo. Por eso vino, porque nos amó, y no había nada que amar, pero amando nos hizo amables. Han escuchado qué significa, Lleven los unos las cargas de los otros, y así cumplirán la Ley de Cristo. ¿Qué significa entonces Cada uno llevará su propia carga? Cada uno dará cuenta de su propio pecado; de pecado ajeno nadie dará cuenta. Cada uno tiene su causa; a Dios dará cuenta de sí mismo. Pero incluso los mismos Prelados, que dan cuenta de los rebaños de Cristo, dan cuenta de su propio pecado, si han descuidado los rebaños de Cristo. Por lo tanto, hermanos, Si un hombre es sorprendido en alguna falta, ustedes que son espirituales, quienesquiera que sean espirituales, instruyan a tal persona con espíritu de mansedumbre. Y si clamas, ama en tu interior; exhortas, halagas, corriges, te enfureces; ama y haz lo que quieras. Porque un padre no odia a su hijo; y sin embargo, un padre, si es necesario, azota a su hijo, causa dolor para proteger la salud. Esto es, entonces, En espíritu de mansedumbre: porque si un hombre es sorprendido en alguna falta y dices: No me concierne; y te digo: ¿Por qué no te concierne? y me respondes: Porque cada uno llevará su propia carga: te responderé: Ciertamente escuchaste con gusto, y entendiste: Lleven los unos las cargas de los otros. Por lo tanto, si un hombre es sorprendido en alguna falta, tú que eres espiritual, instruye a tal persona con espíritu de mansedumbre. De su propio pecado él dará cuenta, porque Cada uno llevará su propia carga: pero si descuidas su herida, darás mala cuenta de tu pecado de negligencia: y por lo tanto, si no llevan los unos las cargas de los otros, tendrán mala cuenta en aquello de que Cada uno llevará su propia carga. Hagan eso para que lleven los unos las cargas de los otros, y Dios les perdona que cada uno llevará su propia carga. Porque si llevas la carga del otro, cuando es sorprendido en alguna falta, para instruirlo en espíritu de mansedumbre, llegarás a ese lugar donde escuchaste: Cada uno llevará su propia carga: y con buena conciencia dices a Dios: Perdona nuestras deudas. Por lo tanto, hermanos, recuerden Si un hombre es sorprendido en alguna falta, no lo tomen a la ligera, hombre: porque pudo haber dicho: Si alguien es sorprendido, si cualquiera es sorprendido. No dijo esto, sino que dijo, hombre. Sin embargo, es muy difícil que un hombre no sea sorprendido en alguna falta; porque ¿qué es el hombre? Pero estos espirituales, a quienes se les advirtió que instruyeran con mansedumbre a ese hombre que fue sorprendido en falta, tal vez decían en sus corazones: Llevemos las cargas de aquellos que son

sorprendidos en faltas, porque no tenemos nada que llevar en nosotros mismos. Escucha, porque no debes estar seguro, las palabras siguientes: Mira, cuidando de ti mismo, no sea que también seas tentado. No sea que los espirituales se enorgullezcan, no se exalten; aunque si son espirituales no se exaltarán; temo que por eso se exalten, porque son carnales; sin embargo, que el espiritual también preste atención, no sea que él mismo sea tentado. ¿Acaso porque es espiritual, no es hombre? ¿Acaso porque es espiritual, no lleva un cuerpo corruptible que pesa sobre el alma (Sab. IX, 15)? ¿Acaso porque es espiritual, ha terminado esta vida, que Toda tentación es sobre la tierra (Job, VII, 1, según la Itala)? Por lo tanto, bien se le ha dicho, muy bien: Cuidando de ti mismo, no sea que también seas tentado. Y después de haber advertido a ellos, es decir, a los espirituales, introdujo inmediatamente esa sentencia general: Lleven los unos las cargas de los otros, y así cumplirán la Ley de Cristo. ¿Qué significa los unos a los otros? El carnal lleve la carga del otro carnal; el espiritual lleve la del otro espiritual: Lleven los unos las cargas de los otros; no descuiden mutuamente sus pecados: donde tienen confianza, reprendan; donde no haya confianza para reprender, amonesten (2 Cor. VII, 4); y si es necesario, para que nadie peque, oren, rueguen. ¿Acaso los he humillado porque dije, rueguen? Escuchen al Apóstol: Ordenando, dice, y rogamos, que no reciban en vano la gracia de Dios (Id. VI, 1, de la Itala). Si el médico encuentra fuerzas en el enfermo, lo reprende; pero si no encuentra fuerzas, y teme que bajo la amargura de la corrección pueda desfallecer, suplica, ruega que escuche, haga, y viva. Por lo tanto, el Apóstol dijo, Lleven los unos las cargas de los otros; porque había advertido al espiritual, y había dicho: Cuidando de ti mismo, no sea que también seas tentado; no sea que este espiritual se arrogue tanto a sí mismo, que piense que no tiene carga que deba ser soportada por otro. Escucha de nuevo a él mismo por el orgullo, por la hinchazón, por la inflación, escucha de nuevo a él mismo: Porque si alguien piensa que es algo, cuando no es nada, se engaña a sí mismo. No se pudo decir mejor, Se engaña a sí mismo. No siempre se debe acusar al diablo; a veces el mismo hombre es su propio diablo. ¿Por qué se debe temer al diablo? ¿No es para que no te engañe? ¿No eres tú mismo tu propio diablo cuando te engañas a ti mismo? ¿Qué sigue? Cada uno examine su propia obra, y entonces tendrá motivo de gloriarse solo en sí mismo, y no en otro. Cuando haces algo bueno, si te agrada porque otro te alaba; si el otro no te alabará por ello, en la obra buena que haces desfallecerás privado de las voces del alabador: tienes gloria en otro, no en ti mismo. Si te alaban, haces; si por casualidad tu buena obra desagrade a un hombre necio, no haces. ¿No ves a los hombres derrochando sus bienes en actores, y no dando nada al pobre, cuántos son alabados por la boca de muchos? ¿Acaso es bueno lo que hacen porque son alabados? Despierta finalmente: El pecador es alabado en los deseos de su alma. Todos aclamaron, porque conocen la Escritura santa, de donde recordamos el testimonio. Escuchen también los que no saben. La Escritura santa dijo, la Escritura santa predijo, que El pecador es alabado en los deseos de su alma, y el que actúa inicuamente es bendecido (Salmo IX, 24). Ahora bien, si el pecador es alabado en los deseos de su alma, y el que actúa inicuamente es bendecido, busca alabadores. ¿Te desgarran los malos deseos? haz iniquidades diariamente para cumplir tus deseos, y busca alabadores. Créeme, no encontrarás sino aduladores, o seductores. ¿Cómo seductores, cómo aduladores? Debo dar cuenta de mis palabras. Son aduladores quienes saben que haces mal, y sin embargo te alaban; pero quienes te alaban por hacer mal, porque piensan que es bueno lo que haces, no son aduladores, porque alaban de corazón, pero son seductores, porque te seducen a hacer esas malas cosas con la frecuencia de sus alabanzas, y no te dejan respirar: pues en auras vanas, piensas que es bueno lo que haces: precipitas tus bienes; vacías tu casa; dejas a tus hijos desnudos: esas alabanzas te han vuelto loco; corres, mueves las manos, recibes favores, los llevas a la boca, vacías tu casa, y recoges viento. ¿Cómo, dices, son estos mis seductores que me alaban de corazón? Son tus seductores porque primero erraron y fueron también los suyos. ¿Acaso se esforzará en poner escaleras hacia ti para no seducirte, quien se engaña a sí

mismo? Por lo tanto, El pecador es alabado en los deseos de su alma, y el que actúa inicuamente es bendecido. Evita tal alabador, vive lejos de tal bendecidor. Más bien, haz el bien. Pero dirás, desagradaré a tal si lo hago: y desagrádale, y agrada a Dios. Porque si le desagradas a él y agradas a Dios, tendrás gloria en ti mismo, y no en otro. Pero los malos difaman a los buenos, y los amantes de este mundo maldicen a los que desprecian el mundo, dicen injurias, buscan qué reprochar; tan pronto como se dice algo malo, inmediatamente creen; si se dice algo bueno, no quieren creer, y tu corazón se turba, para que desfallezcas en hacer el bien, porque no se encuentra un alabador, o adulador, o engañador. ¿Y no te basta el testimonio de tu conciencia? En el teatro de tu pecho, bajo los ojos de Dios, ¿por qué te turbas? te ruego, ¿por qué te turbas? Porque se dicen muchas cosas malas de mí. ¿Dices esto? no te turbarías en la nave de tu corazón, si Cristo no durmiera. Escuchaste cuando se leía el Evangelio: Se levantó una gran tempestad, y la nave se turbaba, y era cubierta por las olas; ¿por qué? porque Cristo dormía (Mateo VIII, 24). ¿Cuándo duerme Cristo en tu corazón, sino cuando olvidas tu fe? La fe de Cristo en tu corazón es como Cristo en la nave. Escuchas injurias, te fatigas, te turbas: Cristo duerme. Despierta a Cristo, despierta tu fe. Tienes algo que hacer incluso turbado: despierta tu fe, que Cristo despierte, y te hable: ¿te turban las injurias? ¿acaso no las escuché yo primero por ti? Esto te dice Cristo, así te habla tu fe. Escúchala, y ve porque si te habla, ¿acaso has olvidado que Cristo sufrió por nosotros (1 Pedro II, 21)? y antes de sufrir tanto mal por nosotros, ¿escuchó injurias? Expulsaba demonios, y se le decía: Tienes demonio (Juan VIII, 48). De él se dijo por el Profeta: Las injurias de los que te reprochan cayeron sobre mí (Salmo LXVIII, 12). Despierta, pues, a Cristo, y te dirá en tu corazón: Cuando los hombres os injurien y digan todo mal contra vosotros por mi causa, alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos (Mateo V, 11, de la Itala). [Cree lo que se ha dicho, y habrá gran tranquilidad en tu corazón.] Por lo tanto, si alguien piensa que es algo, cuando no es nada, se engaña a sí mismo; cada uno examine su propia obra, y entonces tendrá motivo de gloriarse solo en sí mismo, y no en otro. Ya sea que alabe, ya sea que reprenda, tú tienes gloria en ti mismo, porque tu gloria es tu Dios en tu conciencia, y serás como las vírgenes prudentes, que llevaron aceite consigo en sus vasijas, para no tener gloria en otro, sino en sí mismas (Mateo XXV, 8). Porque aquellas que no llevaron aceite consigo, mendigaron de ellas, y sus lámparas se apagaron y dijeron: Dadnos de vuestro aceite. ¿Qué significa, Dadnos de vuestro aceite sino, alaben nuestras obras, porque no nos basta nuestra conciencia? Lo que parecía oscuro en la lectura apostólica, como el Señor lo ha concedido, lo he expuesto. Las demás cosas son claras, no requieren exposición, sino hacedor. Para que hagamos lo que hemos escuchado, roguemos a él, sin cuya ayuda no podremos hacer nada bueno, porque él mismo dijo a sus Discípulos: Sin mí nada podéis hacer (Juan XV, 15). Convertidos al Señor, etc.

Y después del Sermón.

Porque el pueblo ha pedido que no parta antes del día del Natalicio del bienaventurado Cipriano, añadió: En verdad digo a vuestra Caridad, porque no podemos soportar nuestro deseo, y las quejas incluso por cartas; pero porque esto que piden, ya lo ha ordenado el santo Anciano, así concluyo el sermón: El Natalicio del bienaventurado Cipriano ya se acerca; por esa solemnidad han querido ser violentos en retenerme; por lo tanto, quienes nos dedicamos a la palabra, es bueno que también ayunemos en cuerpo.

SERMON VI. De varios Mártires.

Del Códice n. 12, cuyo título es Sermones de Agustín y otros, este Sermón aparece bajo el nombre de Agustín, y mezclado con sus genuinas producciones. En las bibliotecas editadas, a las que se ha podido acceder, no hay memoria de este sermón. En la edición Maurina lo

colocarás después del sermón 326. El inicio y la sentencia en él puesta se repiten en el sermón 286, y casi con las mismas palabras. Véase también el sermón 328, n. 2, después de la mitad.

El nombre de MARTYRUM es griego, en latín se les llama testigos: si son testigos, es porque han sufrido tanto por la verdad de su testimonio. La verdad servía a Dios, la iniquidad se mentía a sí misma. Así está escrito; el cuerpo de Cristo habla en el Salmo, que es la Iglesia: "Y se levantaron contra mí testigos inicuos, y la iniquidad se mintió a sí misma" (Sal. XXVI, 12). Testigos y testigos; testigos inicuos y testigos justos; testigos del diablo y testigos de Cristo. Hemos visto, esperado y escuchado ambos tipos de testigos cuando se leía la pasión de los bienaventurados Mártires, cuya festividad se celebra hoy. Al ser interrogados, respondieron que se reunían porque eran cristianos. Este es el testimonio de la verdad. El juez decía: "Porque habéis confesado un crimen". Este es el testimonio de la iniquidad. Se predicaba a Dios, y se llamaba crimen. En la predicación de Dios, la verdad obedecía a Dios; en la acusación de crimen, la iniquidad se mentía a sí misma. Lo que se decía contra ellos, se volvía contra los acusadores, y el falso crimen era condenado por el verdadero crimen. Nuestros Mártires no cometían crimen; los Mártires de Cristo no cometían crimen al reunirse para alabar a Dios, escuchar la verdad, esperar el Reino de los Cielos y despreciar este mundo presente tan malvado. No cometían crimen. Esto se llama piedad. El nombre de esto es religión. El nombre de esto es devoción. El nombre de esto es verdadero testimonio. ¿Qué crimen cometían, entonces, aquellos que mataban a los confesores de la piedad? "A este y a este", dice el juez de la iniquidad, testigo de la falsedad, "a este y a este y a este, me place condenarlos a la espada". He aquí el crimen. Escucha también la voz de la piedad: "Gracias a Dios", dijo el primer testigo. El primero cerró su testimonio con una victoria perpetua. Creo que vuestra Caridad se dio cuenta, cuando se leía la pasión de los Santos, que el primero que confesó; fue llamado primero antes del último; victoria perpetua al final. ¡Oh victoria sin mancha! ¡Oh fin sin fin! ¿Qué es la victoria perpetua, sino una victoria sin fin? Esto es vencer las tentaciones de la carne, vencer las amenazas del juez perverso, vencer el dolor del cuerpo, vencer el amor a la vida. Diré, si puedo, con la ayuda del Señor, hermanos míos, lo que siento: en los santos Mártires, el amor a la vida fue vencido por el amor a la vida. Los que aclamaron, entendieron, pero por aquellos que no entendieron, soporten un poco lo que dije, los que entendieron. Dije esto: en los santos Mártires, el amor a la vida fue vencido por el amor a la vida. Amando la vida, despreciaron la vida. ¿Quién, amando el dinero, desprecia el dinero? ¿Quién, amando el oro, desprecia el oro? ¿Quién, amando las propiedades, desprecia las propiedades? Nadie desprecia lo que ama. Encontramos Mártires que amaron la vida y despreciaron la vida. No habrían alcanzado aquella, si no hubieran despreciado esta. Sabían lo que hacían, quienes al dar adquirían. No penséis, carísimos, que perdieron el juicio cuando amaban la vida y despreciaban la vida; no perdieron el juicio. Sembraban semillas y buscaban la cosecha. Veo el juicio del agricultor y reconozco la sabiduría en los Mártires. El agricultor, amando el trigo, siembra el trigo. Tú, que no sabes lo que hace el sembrador, tal vez lo reprendas y digas: "¿Qué haces, insensato? Lo que recogiste con tanto esfuerzo, lo sacas, lo esparces, lo quitas de tu vista, lo arrojas a la tierra, incluso lo cubres". Él te responde: "Amo el trigo, por eso lo arrojo; si no lo amara, no lo arrojaría; quiero que crezca, no que perezca". He aquí lo que hicieron nuestros Mártires, incomparablemente más sabios que los agricultores. Los sembradores esparcen pocas semillas y los segadores recogen mucho. Pero tanto lo que siembran como lo que recogen tiene un fin. Lo que se siembra no es mucho, lo que se recoge es mucho, sin embargo, ambos terminan. ¿Y no queríais que nuestros Mártires sembraran una vida que alguna vez terminaría en muerte, para recibir una vida que no tiene muerte? Buenos prestamistas, buenos sembradores, quien multiplica es Dios. Él mismo

multiplica también las cosechas en el campo; Él nutre todo lo que se produce de la tierra. ¿Puede Dios multiplicar las semillas y no puede guardar a sus Mártires? He aquí, os digo, escuchad lo que escucharon. Vosotros también escuchasteis ahora cuando se leía el Evangelio; entendisteis lo que se les prometió: "Os entregarán en los concilios y en sus sinagogas; os azotarán, y de vosotros matarán: pero os digo: Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá, y en vuestra paciencia poseeréis vuestras almas" (Mat. X, 19; y Luc. XXI, 18, 19). Poseeréis, y no perderéis. Porque allí nadie persigue al enemigo; nadie muere amigo. Allí estaréis donde el día perpetuo no tiene ayer que lo preceda, ni mañana que lo siga. Allí estaréis, buenos prestamistas, donde el diablo no puede seguiros. Soportad por un tiempo; regocijaos eternamente. Duras son las cosas que soportáis, pero grande es el fruto de lo que sembráis. Leed lo que se dijo de vosotros cuando sembrabais: "Iban y lloraban, llevando sus semillas" (Sal. CXXV, 6, 7). ¿Con qué fruto? ¿Con qué fin? ¿Con qué consuelo? "Vendrán con júbilo, trayendo sus gavillas". De estas gavillas se hacen coronas. Celebremos, pues, el día de los Mártires honrando las pasiones de los Mártires, no amando las bebidas. Convertidos al Señor, etc.

SERMO VII. De San Juan Bautista.

Este Sermón se encuentra en cuatro códices manuscritos de Cassino, en el código número 12, y en tres leccionarios del siglo XII, atribuido constantemente a Agustín. En la biblioteca Leopoldina de Blandinio se atribuye a un autor anónimo. He transcrito el inicio del sermón del código 12, ya que en la Leopoldina y en los leccionarios se lee abreviado, quizás porque parecía ajeno a esta festividad. Pero he mantenido la clausura puesta por los leccionarios, para que el sermón no aparezca mutilado; el código 12, en lugar de la clausura, añade una cuestión sobre la palabra y la voz, que fue dejada incompleta y sin resolver por un librero descuidado. Además, ejemplos de este tipo de modificaciones frecuentes en los leccionarios son aportados por los Editores Maurinos, quienes en el sermón 44 sobre las palabras de Isaías, capítulo 53, anotan sabiamente: "Porque los tratados de Agustín que debían leerse en la Iglesia, a menudo se acortaban necesariamente, y se les adaptaba un inicio y una conclusión adecuada". El Índice de Possidio enumera varios sermones sobre esta festividad (capítulos 8, 9, 10), entre los cuales este y el siguiente deben ser incluidos, como ya lo confirman los editados por los Maurinos en el Tomo V, números 228, 293 y siguientes; ya que las palabras y las sentencias de estos sermones a menudo están relacionadas con ellos. En esa edición, insertarás este después del Sermón 293, y será el VIII sobre el Nacimiento de San Juan Bautista.

PORQUE. El Señor quiso hoy devolver a vuestra Caridad nuestra voz y presencia, y lo hizo no según nuestra disposición, sino según su voluntad, le damos gracias con vosotros, y os rendimos el servicio del sermón, que es nuestro ministerio, en el cual nos corresponde y es adecuado servir. Pero es vuestro, carísimos, recibir con caridad la disposición de los siervos de Dios, y dar gracias con nosotros a aquel que nos ha concedido este día para estar juntos con vosotros. ¿De qué hablaremos hoy, sino de aquel cuyo nacimiento celebramos hoy? Juan, pues, santo, nacido de una estéril, Precursor del Señor nacido de una Virgen, se convirtió en el anunciador de su Señor, anunciador desde el vientre. A este Juan, la madre estéril, que no sabía dar a luz, y la madre del Salvador, virgen que no tenía de dónde dar a luz: la estéril engendró al heraldo, la virgen dio a luz al juez. Pero el mismo Señor Jesucristo, que iba a venir a los hombres desde el vientre de la virgen, había enviado antes de sí a muchos heraldos. Todos los Profetas fueron enviados por él, pero él hablaba en ellos; el que vino después de ellos era antes que ellos. Entonces, aunque el Señor envió muchos heraldos antes de sí, ¿qué tanto mereció este? ¿Qué tuvo de tanta excelencia que hoy se conmemora su nacimiento? Pues tampoco es sin signo de cierta grandeza que no pase desapercibido el día de

su nacimiento, así como no pasa desapercibido el día del nacimiento de su Señor. No sabemos cuándo nacieron otros Profetas, pero no se nos permitió ignorar cuándo nació Juan. También aquí apareció su gran mérito, porque los demás anunciaron al Señor, y desearon verlo, y no lo vieron, y si lo vieron en espíritu, lo vieron como futuro; pero no estuvieron aquí para verlo presente. Sin embargo, el mismo Señor dice de ellos a sus Discípulos: "Muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y no lo vieron, y oír lo que oís, y no lo oyeron" (Mat. XIII, 27). ¿Acaso no los enviaba él mismo? Pero había en todos el deseo, si fuera posible, de ver aquí a Cristo en la carne. Pero como los precedieron muriendo, así como los precedieron naciendo, Cristo no los encontró aquí, pero sin embargo, Cristo los redimió para la vida eterna. Y para que sepáis qué deseo había en todos de ver aquí a Cristo, recordad a aquel anciano Simeón, a quien el Espíritu de Dios le anunció como un gran bien que no saldría de este mundo sin ver a Cristo. Nació Cristo; lo reconoció como un niño en los brazos de su madre, lo tomó, lo sostuvo en sus manos, por cuya Divinidad él mismo era llevado; y sosteniendo en sus manos al niño Verbo, bendijo a Dios diciendo: "Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, porque mis ojos han visto tu salvación" (Luc. II, 29). Por tanto, otros profetas no vieron aquí a Cristo, Simeón vio al niño; Juan lo reconoció concebido y lo saludó: Juan lo anunció y lo vio, lo señaló con el dedo y dijo: "He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo" (Juan I, 29). Por tanto, este es más excelente que todos los demás. Escucha de él el testimonio del Señor, donde se le antepone a él, a nadie más. Era muy grande aquel a quien, si alguien se le antepusiera, no sería otro que Cristo. Por tanto, el mismo Señor dice: "Entre los nacidos de mujer no ha surgido nadie mayor que Juan el Bautista" (Mat. XI, 11). Y para anteponerse a él, añadió: "Pero el que es menor en el reino de los cielos es mayor que él". Se dijo a sí mismo menor y mayor; menor al nacer, mayor al gobernar; menor en edad, mayor en majestad. Después de Juan nació el Señor. Pero en la carne, pero de la Virgen, antes que él, "En el principio era el Verbo". Gran cosa es Cristo después de Juan, y sin embargo, Juan es por Cristo: "Porque todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada fue hecho" (Juan I, 1). ¿Por qué, entonces, vino Juan? Para mostrar el camino de la humildad, para que la presunción del hombre disminuyera, y la gloria de Dios aumentara. Vino, pues, Juan, grande, recomendando al grande; vino Juan, la medida del hombre. ¿Qué es la medida del hombre? Nadie podía ser más que Juan: cualquier cosa más que Juan, ya era más que hombre. Si la medida de la grandeza humana estaba terminada en Juan, no encontrabas ya un hombre mayor, y sin embargo, encontraste uno mayor, confiesa a Dios, a quien ciertamente pudiste encontrar mayor que el hombre. Juan hombre, y Cristo hombre; pero Juan solo hombre, Cristo Dios y hombre. Según lo que es Dios, él mismo hizo a Juan; según lo que es hombre, nació después de Juan. Pero, sin embargo, el precursor de su Señor, Dios y hombre, mirad cuánto se humilla: a quien nadie ha surgido mayor entre los nacidos de mujer, se le pregunta si él es el Cristo. Era tan grande que los hombres podían ser engañados: se dudó de él si era el Cristo, y se dudó tanto que se le preguntó. Ahora bien, si fuera hijo de la soberbia, no doctor de la humildad, se impondría a los hombres errantes, y no actuaría para que lo creyeran, sino que ya aceptaría lo que pensaban. ¿Acaso era demasiado para él querer persuadir a los hombres de que él era el Cristo? Si intentara persuadir, no se le creería: habría quedado rechazado y despreciado entre los hombres, y condenado ante Dios. Pero no necesitaba persuadir a los hombres, ya veía que lo pensaban; aceptaría su error y aumentaría su honor. Pero lejos de él, fiel amigo del Esposo, querer ser amado por la esposa en lugar de él. Confesó que no era lo que no era, para no perder lo que era. No era Juan el esposo; pues cuando se le preguntó, dijo: "El que tiene la esposa es el esposo; pero el amigo del esposo, que está presente y le oye, se goza grandemente por la voz del esposo. Yo os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene después de mí es mayor que yo" (Juan III, 29). ¿Cuánto mayor? "De quien no soy digno de desatar la correa de su calzado". Ved cuánto menor era, si fuera digno; cuánto se humillaba, si dijera esto: "Mayor que yo es

aquel de quien soy digno de desatar la correa de su calzado"; pues había dicho que era digno de inclinarse a sus pies. Ahora bien, cuánto más recomendó la humildad, cuando incluso a sus pies, es decir, a sus calzados, se declaró indigno. Vino, pues, Juan a enseñar a los soberbios la humildad, a anunciar el camino del arrepentimiento. Vino la voz antes que el Verbo. ¿Cómo la voz antes que el Verbo? De Cristo se dice: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios; este estaba en el principio con Dios" (Juan I, 1). Pero para venir a nosotros, el Verbo se hizo carne, para habitar entre nosotros. Por tanto, porque escuchamos a Cristo el Verbo, escuchemos a Juan la voz. Pues cuando se le dijo: "¿Tú quién eres?", respondió: "Yo soy la voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas". Escuchemos a Juan clamando, y preparemos el camino al Señor, que venga a nosotros el Verbo, porque "Toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo. La hierba se seca, la flor se cae; pero la palabra del Señor permanece para siempre" (Isaías XL, 7, 8).

SERMO VIII. De San Juan Bautista.

Esta apelación, "Hermanos carísimos", al inicio del sermón, los Editores Maurinos anotaron (serm. 243. Append. T. 5.) que es solemne y habitual en los sermones espurios. Pero como aquí claramente se revela Agustín, preferiría decir que el inicio en los leccionarios n. 115 y 123, de donde lo transcribí, fue cambiado por la misma razón que tomé prestada de los Padres Maurinos en el anterior. Si allí por suerte se dio para descubrir el principio genuino, pero dudaba de la clausura, aquí, por el contrario, el inicio me es incierto, pero la clausura es segurísima. Sin embargo, el sermón debe ser considerado de gran importancia, como lo indican las cosas puestas al final; pues advierten sobre la superstición que el pueblo solía observar en la vigilia de esta festividad, que ningún sermón del mismo Santo Doctor había indicado hasta ahora. Busqué en vano este sermón en las Bibliotecas editadas, que podrías transferir a la edición Maurina bajo el número 295, y será el noveno sobre el Nacimiento de San Juan Bautista.

I. Hermanos carísimos, hoy celebramos el nacimiento de un gran hombre; ¿y queréis saber cuán grande? Nadie, dice la Escritura, ha surgido mayor entre los nacidos de mujer que Juan el Bautista (Mat. XI, 11). Esto lo dijo de él el nacido de la Virgen; este testimonio dio el Juez de su herald; esta sentencia pronunció el Verbo sobre su voz; como sabéis, y escuchasteis hoy también en el Sermón matutino.

II. El Verbo es Cristo; la voz es Juan. Porque está escrito sobre Cristo, que "En el principio era el Verbo" (Juan I, 1). Sin embargo, cuando Juan hablaba de sí mismo, decía: "Yo soy la voz que clama en el desierto" (Ibid. 23). El Verbo pertenece al corazón; la voz al oído. Cuando la voz llega al oído y el Verbo no alcanza la mente, tiene un uso vano, pero no un fruto útil. Para que el Verbo nazca en mi corazón, no necesita de la voz; pero para que sea llevado a tu corazón, lo que ya ha nacido en el mío, asume el ministerio de la voz. Por lo tanto, la voz puede preceder al Verbo, pero el Verbo no puede proceder sin la voz. La voz se crea para esto, no para engendrar el Verbo que ya conocía, sino para emitir lo que ya era. Así que veamos qué tipo de Verbo es Cristo y qué tipo de voz es Juan. En el principio era el Verbo. ¿Dónde estaba? Y el Verbo estaba con Dios. ¡Cuánto antes de nosotros! ¡Cuánto por encima de nosotros! Y el Verbo se hizo carne para habitar entre nosotros (Juan I, 1 y 14). ¿Y cómo sabríamos esto si no escucháramos la voz? Porque Cristo caminaba entre los hombres, ya vestido de carne mortal, y sin embargo, los hombres venían a Juan y le decían: "¿Eres tú el Cristo?" Juan respondía: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Ibid. 29). Escuchadlo, reconocedlo; yo lo precedo, yo lo anuncio. Recordad lo que dijo: "Yo soy la

voz que clama en el desierto: preparad el camino del Señor; no para mí, sino para el Señor. Porque cuando yo clamo, lo anuncio; porque la voz del pregonero es la llegada del Juez. Pero cuando venga aquel a quien yo anuncio y repose en vuestro corazón, Él debe crecer, y yo disminuir" (Id. III, 30). ¿Lo sabéis? Dijeron que lo sabían. Porque cuando el Verbo, tomando el auxilio de la voz, fluye más profundamente en las sendas del corazón, ese Verbo crece en el corazón, y la voz disminuye en el oído. Porque el sonido que golpeó el oído no permanece; no permanece infinitamente porque desciende a la mente. ¿Por qué? Porque Él debe crecer, y yo disminuir. Juan bautiza, y Cristo también bautiza. Se le dijo a Juan: "Sobre quien veas al Espíritu descender como paloma y permanecer sobre él, ese es el que bautiza con el Espíritu Santo y fuego" (Mateo 3, 15). Sabéis esto, hermanos. Sucedió cuando Cristo fue bautizado. He aquí que en todo el mundo, Él es quien bautiza. El bautismo de Cristo ha crecido en todas partes; el bautismo de Juan, aunque tiene un misterio en la memoria del pasado, no tiene un misterio en la celebración presente. El bautismo de Juan ha cesado, y el bautismo de Cristo ha crecido: Por eso dice: "Él debe crecer, y yo disminuir". Encontramos esta sentencia tanto en los nacimientos de ambos como en sus pasiones. Aunque Juan dijo de Juan, es decir, Juan el Evangelista de Juan el Bautista; aunque dijo de él: "Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan; este vino como testigo, para dar testimonio de la luz" (Juan 1, 6); sin embargo, hoy ha nacido, hermanos, cuando la noche ha crecido y el día comienza a disminuir. Cristo, como sabéis, nació en el solsticio de invierno, cuando las pérdidas de la noche comienzan a transferirse al luto de la luz: "Porque fuimos alguna vez tinieblas, pero ahora somos luz en el Señor" (Efesios 3, 8). ¿Por qué nacieron así? Porque Él debe crecer, y este debe disminuir. También en las pasiones: Juan es decapitado con la espada; Cristo es exaltado en el madero. Aquel es erigido, este es postrado. Este es truncado de la cabeza para disminuir; aquel es exaltado en el patíbulo de la cruz para crecer. Estos dos, el Señor y el siervo. El Señor en el patíbulo de la cruz, el siervo en la decapitación de la muerte; por eso decimos: Él debe crecer, y este debe disminuir. No sin razón, creo, también se eligen edades en los padres. Porque una mujer anciana da a luz a Juan, una Virgen Joven a Cristo. Era llevado en el vientre de la Virgen, y en los cielos era adorado por los ángeles. Este es dado a luz por una esterilidad desesperada, aquel por una virginidad intacta. Finalmente, aquel crece en una Joven, este decrece en una anciana. Pero, ¿qué es esto, hermanos míos? ¿Cuánta es la dignidad de este hombre que, como el Señor Cristo, un ángel anunció a sus padres que nacería? ¿Por qué mereció esto? Porque no ha surgido nadie mayor entre los nacidos de mujer que Juan el Bautista (Mateo 11, 11). Como sabéis, el ángel Gabriel también fue enviado a la Virgen María, se prometió un hijo a ambos, y ambos dieron respuesta. Zacarías respondió al ángel que prometía un hijo: "¿Cómo sabré esto? Porque yo soy viejo, y mi esposa es estéril y avanzada en sus días" (Lucas 1, 18). Y María respondió: "¿Cómo será esto, pues no conozco varón?" (Ibid. 34). Ambos desesperan de la ley de la naturaleza, aún, creo, no sabían que, con el don de la gracia de Dios, la ley de la naturaleza cesa. Así que ambos responden con duda, y sin embargo, él es castigado, ella es bendecida. A él se le dice: "He aquí que estarás mudo". A María se le dice: "Bendita tú entre las mujeres" (Ibid. 42). Zacarías pierde la voz; María concibe el Verbo. ¿Y después de esto qué? El Verbo se hace carne en la Virgen, y la voz nace del mudo. Juan nacido devuelve la voz al padre; el padre hablando da nombre al hijo. Todos se maravillan, todos se asombran, y murmuran entre sí mezclando palabras alternas. Se dicen: "¿Qué piensas que será este niño?" (Ibid. 66). Hablemos del Evangelio, "Porque la mano del Señor estaba con él". ¿Qué piensas que será quien así comenzó; aún es pequeño, y ya es grande; y si este que ahora comienza será grande, ¿qué será aquel que siempre fue? Aquel a quien Juan, aún encerrado en el secreto del vientre materno, reconoció incluso cuando yacía en el tálamo del vientre virginal, y porque aún no podía con palabras, lo saludó con movimientos. ¿Qué será entonces aquel? ¿Queréis saber qué será? Lo diré brevemente, escuchad al Profeta: "Él será llamado Señor de toda la tierra"

(Isaías 54, 6). Celebrando con fiestas celestiales el día del nacimiento del bienaventurado Juan, precursor del Señor, hombre grande, pidamos sus auxilios en nuestras oraciones. Porque siendo amigo del esposo, también puede concedernos que podamos pertenecer al esposo, para que merezcamos encontrar su gracia.

III. Pero si queremos encontrar su gracia, no hagamos injuria a su nacimiento. Cesen las religiones de los sacrilegios, cesen los estudios y juegos de vanidades; no se hagan aquellas cosas que suelen hacerse, no algunas ya en honor de los demonios. Pero aún según la costumbre de los demonios. Ayer, después del anochecer, toda la ciudad ardía y se pudría con llamas putrefactas, según la antigua costumbre de los demonios, y el humo cubría todo el aire. Si poco atendéis a la Religión, al menos pensad en la injuria común. Sabemos, hermanos, que esto lo hacen los pobres, pero los mayores deberían haberlo prohibido. Porque alguien dice: "Quien no prohíbe pecar, cuando puede, lo manda ciertamente". Hermanos, en el nombre del Señor y de nuestro Dios Jesucristo, porque la Iglesia progresa cada año, estas cosas y toda disminución tienden a la nada, pero aún no han sido consumidas de tal manera que podamos callar con seguridad. No hay vejez ni novedad, a menos que llegue a sus fines debidos, y la vieja superstición se consuma y la nueva religión se perfeccione; Por nuestro Señor Jesucristo, a quien es honor y gloria, y poder, junto con Dios Padre omnipotente, y con el Espíritu Santo, ahora, y siempre, y por todos los siglos de los siglos. Amén.

SERMO IX. Del Evangelio de Lucas 17, 4. Perdona, y se te perdonará.

Del Códice Ms. n. 170, titulado: Obras de San Agustín T. IX; he transcrito este tratado (así está titulado en el Códice) mezclado con otros ya editados contenidos en ese Códice. Agustín había hablado de este mismo capítulo de Lucas en otra ocasión en la mesa de San Cipriano, en presencia del Conde Bonifacio, como lo atestigua el sermón 114 de la Edición Maurina, después del cual debe colocarse este nuestro. Comparando estos dos entre sí, se reconoce una misma mano. No lo encontré en las Bibliotecas editadas. Sin embargo, creo que fue elaborado después del año 429, después de que el divino Próspero escribiera a Agustín sobre la herejía de los Semipelagianos ya creciente en la Galia, donde los presbíteros de Marsella negaban la gracia necesaria para el inicio de la fe; pues, aprovechando la ocasión de las alabanzas a Dios, se plantea a sí mismo la cuestión de si las primicias de la fe son de Dios, lo cual confirma con el Apóstol a los Filipenses. Además, es un sermón verdaderamente excelente, y contiene doctrinas de gran importancia referentes a la fe y las costumbres.

PRAECEPTUM salubérrimo hemos escuchado del santo Evangelio que debemos perdonar al hermano que ha pecado contra nosotros. No basta con hacerlo una sola vez, sino que debemos perdonar cuantas veces peque, si pide perdón; por eso dice: Si siete veces al día pecare contra ti, y siete veces al día se volviera a ti diciendo: Me arrepiento; perdónale (Luc. XVII, 4). Si entiendes siete veces al día, entonces cuantas veces sea; pues el número siete suele usarse para indicar totalidad. De ahí aquello: Siete veces caerá el justo, y se levantará (Prov. XXIV, 16); es decir, cuantas veces sea humillado por alguna tribulación, no será abandonado, sino que será liberado de todas sus tribulaciones. También de ahí es aquello: Siete veces al día te alabaré (Psal. CXVIII, 164). Esto es, Siete veces al día, que es siempre. Esto, pues, Siete veces al día, es lo que en otro lugar se dice: Su alabanza estará siempre en mi boca (Id. XXXIII, 2). No alabamos al Señor solo con la lengua, y cuando callamos no dejamos de alabar. Claramente, en todos nuestros buenos pensamientos, en todas nuestras acciones y buenas costumbres, lo alabamos, de quien nos alegramos de haber recibido estas cosas. Vemos también a los Apóstoles pedir que se les aumente la fe (Luc. XVII, 5). ¿Acaso se dieron a sí mismos las primicias de la fe, y pidieron el aumento al Señor? De ninguna

manera. Por eso pidieron que quien comenzó la obra buena en ellos, la perfeccione hasta el fin, según el Apóstol: Porque el que comenzó en vosotros la obra buena, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo (Philip. I, 6). Y lo que hemos cantado ahora, ¿qué otra cosa demuestra, carísimos? Guíame, Señor, dice, en tu camino, y andaré en tu verdad (Psal. LXXXV, 11). No dice: Llévame a tu camino; pues también eso lo hace él; pero no, cuando te ha llevado, te abandona. Poco, pues, es llevarte al camino, si no te guía en el camino y te lleva a la patria. Así, pues, teniendo todos los bienes de Dios, en todas nuestras buenas obras, cuando pensamos en el dador de todos los bienes, alabamos a Dios sin fe; pero cuando alabamos a Dios, si vivimos bien, sin fe, Bendigamos al Señor en todo tiempo, y su alabanza esté siempre en nuestra boca (Psal. XXXIII, 2). Siete veces, dice, te alabaré al día, significando con el número siete la totalidad. Por tanto, si siete veces al día tu hermano pecare contra ti, y viniere a decir: Me arrepiento; perdónale. No te canses de perdonar siempre al que se arrepiente. Si no eres deudor, serías un acreedor molesto sin impunidad; pero siendo deudor, tienes un deudor, y tú eres deudor de aquel que no tiene deuda, mira qué haces con tu deudor; pues esto hará Dios con el suyo. Escucha y teme: Alégrese, dice, mi corazón, para que tema tu nombre (Id. LXXXV, 11). Si te alegras cuando se te perdona, teme para perdonar. Cuánto debes temer, el mismo Salvador lo muestra proponiendo aquel siervo en el Evangelio, con quien el Señor hizo cuentas, y lo halló deudor de cien mil talentos; Mandó que lo vendieran, y todo lo que tenía, y se le pagara (Matth. XVIII, 32). Él, postrado a los pies de su Señor, comenzó a rogar para que le dieran tiempo, y mereció el perdón. Pero él, saliendo de la presencia de su Señor, con toda su deuda perdonada, encontró también a su deudor, su consiervo, que le debía cien denarios, y comenzó a arrastrarlo con el cuello torcido para que pagara. Cuando se le perdonó, su corazón se alegró; pero no así para temer el nombre del Señor su Dios. El siervo decía al consiervo lo que el siervo había dicho al Señor: Ten paciencia conmigo, y te pagaré. Pero él: No; hoy pagas. Se informó al padre de familia; y lo que sabéis, no solo le amenazó con que en adelante no le perdonaría si encontraba deudor, sino que todo lo que le había perdonado, lo replicó sobre su cabeza, y le mandó pagar todo lo que le había condonado. ¿Cómo, pues, se debe temer, hermanos míos, si tenemos fe, si creemos en el Evangelio, si no pensamos que el Señor miente? Temamos, observemos, cuidemos, perdonemos. ¿Qué pierdes al perdonar? Das perdón, no dinero; aunque también al dar dinero, no debéis ser árboles secos. Al dar dinero, das al necesitado; al dar perdón, perdonas al pecador; el Señor ve ambas cosas, recompensa ambas cosas, y ambas las recomendó en un solo lugar: Perdonad, y se os perdonará; dad, y se os dará (Luc. VI, 37). Pero tú ni perdonas, ni das; guardas ira, guardas dinero. Observa la ira, donde no puedes liberarte con dinero: No aprovecharán los tesoros a los impíos: no es esta mi sentencia, sino divina. Lo saben quienes han leído. Leí para decirlo, creí para hablar: No aprovecharán los tesoros a los impíos (Prov. X, 2). Parecen aprovechar, pero no aprovecharán. ¿Quizás en el presente? quizás; si es que algo aprovechan; pero en aquel día no aprovecharán. Se guardarán y no aprovecharán; se despreciarán y aprovecharán. Usarás bien de la justicia si la amas, porque si no la amas, no tendrás fortaleza, templanza, castidad, caridad. Usarás bien de otros bienes del alma si los amas; usarás bien del dinero si no lo amas. Finalmente, si el dinero se ama, guárdese en el cielo. Si se teme perderlo, guárdese en un lugar más seguro. Pues ni siquiera en guardar el dinero te es fiel tu siervo, y te engaña tu Señor. ¿No le oyes decir: Atesorad para vosotros tesoro en el cielo? Mira que no te manda perder, sino trasladar: Atesorad para vosotros tesoro en el cielo, donde el ladrón no llega, ni la polilla corrompe; porque donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón (Matth. VI, 20, 21). Atesoras en la tierra, pones tu corazón en la tierra. ¿Qué le sucederá a tu corazón en la tierra? Se marchita, se pudre, se convierte en ceniza. Levanta lo que amas hacia arriba, y ámalo allí, y no pienses que recibirás lo que pones. Pones cosas mortales, recibirás inmortales; pones temporales, recibirás eternas; pones terrenales, recibirás celestiales; finalmente, das lo que te dio tu Señor,

y recibirás la recompensa de tu mismo Señor. Pero dirás: ¿Cómo voy a poner en el cielo, con qué máquinas subiré al cielo con mi oro y plata? ¿Qué máquinas buscas? Traslada. Tus portadores son los pobres, y por la destrucción del mundo se han convertido en portadores. Finalmente, haces un traslado: aquí das, y allí recibes. Si aquí das, allí recibirás, y de quien des, de él recibirás. No pienses ahora en cualquier mendigo harapiento; sino piensa, Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Id. XXV, 40). En el pobre recibe, quien hizo al pobre; del rico recibe, quien hizo al rico; pues de lo que dio, de eso recibe; das a Cristo de lo suyo, no de lo tuyo. ¿Por qué te jactas, porque aquí encontraste mucho? Recuerda cómo viniste. Todo lo encontraste aquí, y de muchas cosas encontradas, si las usas mal, te hinchaste de soberbia. ¿No saliste desnudo del vientre de tu madre? Da, pues, da, para que no pierdas lo que tienes. Si das, lo encontrarás allí; si no das, lo dejarás aquí: sin embargo, des o no des, partirás. Pero a veces, aunque sea una excusa vana, reprochable y rechazada por los oídos de los fieles, la avaricia que no quiere dar al pobre de lo que abunda tiene alguna excusa. Se dice a sí misma: Si doy, no tendré: y dando mucho, necesitaré; y después buscaré de quién recibir; debe abundarme no solo para el sustento, y el abrigo, y mi casa, y mi familia, sino también para los buenos casos, para tener qué gastar al calumniador, para tener de dónde redimirme; las cosas humanas están llenas de casos, debo guardarme de dónde pueda liberarme. Esto dices cuando quieres guardar el dinero. ¿Qué dirás cuando no quieres dar perdón al pecador? Si te duele dar dinero al necesitado, da perdón al penitente. ¿Qué pierdes si das? Sé lo que pierdes, sé lo que pierdes; lo veo, pero lo pierdes para tu bien. Pierdes la ira, pierdes la indignación, pierdes del corazón el odio al hermano. ¿Permanecerán allí esas cosas? ¿dónde estarás? La ira, la indignación, el odio permanecen; ¿qué te hace? ¿Qué mal no te hace? Escucha la Escritura: Quien odia a su hermano, es homicida (Joan. V, 15). Entonces, ¿y si siete veces al día pecare contra mí, le perdonaré? Perdona, Cristo lo dijo, la verdad lo dijo a quien cantaste: Guíame, Señor, en tu camino, y andaré en tu verdad. No temas, no te engaña. Pero, dirás, no habrá disciplina; siempre quedarán impunes los pecados; pues siempre es agradable pecar, cuando el que peca piensa que siempre le perdonarás. No es así. Que la disciplina vigile, y la benevolencia no duerma. ¿Qué piensas que haces mal por mal, cuando das disciplina al pecador? De ninguna manera. Devuelves bien por mal, y entonces no haces bien si no das. A veces, incluso la misma disciplina se templea con mansedumbre, pero se da. Pero, ¿no es otra cosa extinguirla por negligencia, y otra templarla con mansedumbre? Que la disciplina vigile, perdona y golpea. Mirad al mismo Señor, escuchad al mismo Señor, pensad a quién decimos como mendigos diarios: Perdona nuestras deudas (Matth. VI, 12). Y sufres tedio cuando tu hermano te dice continuamente: Perdóname, me arrepiento. ¿Cuántas veces dices esto a Dios? No callas de esta súplica en toda oración. ¿Acaso quieres que Dios te diga: Ayer te perdoné, anteayer te perdoné, durante tantos días te he perdonado, cuántas veces más te perdono? ¿No quieres que te diga: Siempre vienes con esas palabras, siempre dices: Perdona nuestras deudas: siempre golpeas tu pecho, y como hierro duro no te corriges? Pero porque necesitábamos disciplina, ¿acaso no nos perdona el Señor nuestro Dios, porque decimos con fe: Perdona nuestras deudas? Y sin embargo, aunque nos perdone, ¿qué se ha dicho de él? ¿qué se ha escrito de él? Porque el Señor corrige a quien ama: ¿pero tal vez con palabras? Azota a todo hijo que recibe (Hebr. XII, 6). No se indigne el pecador hijo azotado corregido, y el mismo unigénito sin pecado se dignó ser azotado. Da, pues, disciplina, pero perdona la ira de corazón. Así lo dice el mismo Señor, cuando trataba de aquel deudor, a quien replicó toda la deuda, porque fue inhumano con su consiervo: Así también os hará mi Padre celestial, si no perdonáis cada uno a su hermano de vuestros corazones (Matth. XVIII, 35). Donde Dios ve, allí perdona; de allí no pierdas la caridad; ejerce saludable severidad; ama y golpea; ama y azota. A veces, en efecto, acaricias y eres cruel. ¿Cómo acaricias y eres cruel? porque no corriges los pecados, y esos pecados matarán a aquel a quien amas perversamente perdonando. Tu palabra a veces

áspera, a veces dura; lo que va a herir, atiende, qué va a hacer. El pecado devasta el corazón, destruye el interior, asfixia el alma, pierde el alma: ten misericordia, golpea. Poned ante vuestros ojos, carísimos, para que entendáis más claramente lo que digo, dos hombres. Un niño imprudente quería sentarse donde sabían que en la hierba se escondía una serpiente. Si se sentaba, sería mordido, y moriría. Dos hombres lo sabían. Uno dice: No te sientes allí; fue despreciado. Fue a sentarse, fue a perecer. Otro dice: No quiere escucharnos, debe ser corregido, retenido, arrancado, debe ser golpeado con un puñetazo, hagamos lo que podamos para no perder al hombre. Otro dice: Déjalo, no lo golpees, no lo ofendas, no lo hieras. ¿Quién de ellos es misericordioso? ¿El que perdona, para que el hombre muera por la serpiente; o el que es severo, para que el hombre sea liberado? Y así entendéis, corregid a los que están bajo vuestro mando, imponed disciplina en las costumbres. Conservad la benevolencia, perdonad de corazón, que no haya ira dentro, porque esa ira reciente es una paja, delgada y casi despreciable. La ira reciente turba el ojo como una paja en el ojo: Mi ojo se ha turbado por la ira (Psal. VI, 8). Pero esa paja se nutre de sospechas, se fortalece con el paso del tiempo, esa paja se convertirá en una viga. La ira envejecida será odio; ya donde hay odio habrá homicidio: Quien odia a su hermano, es homicida, dice. Y a veces las personas que tienen odio en el corazón, reprenden a los que se enojan: ¿tienes odio, reprendes al que se enoja? ¿Ves la paja en el ojo de tu hermano, y no ves la viga en el tuyo (Matth. VII, 3)? concluyamos el discurso. Invoquemos al Señor, para que lo que manda, se digne conceder: Perdonad, y se os perdonará; dad, y se os dará (Luc. VI, 37, 38).

SERMO X. En la Dedicación de la Iglesia

De los códices Ms. n. 98, 115, 123 y 543, de los cuales dos están titulados colecciones de sermones de Agustín, y dos son leccionarios que comprenden varios sermones, he ejemplificado este sermón, señalado con el nombre de Agustín, y digno de tan gran Doctor. Pero también en el Códice n. 2. de la Biblioteca del Monasterio Pomposiano de San Benito de la Cartuja de Ferrara, cuyo índice completo se conserva en el Archivo de Montecasino entre Miscellanea, se encuentra en el folio 77 a ter. Este mismo sermón igualmente atribuido a Agustín, y dividido en tres lecciones, VI, VII, VIII. Aquel códice es de pergamino en folio con caracteres latinos del siglo XI, tiene 79 páginas, y en el margen del primer folio se lee anotado con mano más reciente. Este libro es de los Monjes de la Congregación de San Justino de Padua, destinado al uso del Convento de Santa María de Pomposa, señalado con el n. 5. No lo encontré en las Bibliotecas editadas. En la edición Maurina lo insertarás después del sermón 338, y será el IV, en la Dedicación de la Iglesia. Los familiares en la lectura de Agustín, al inspeccionar las sentencias que coinciden, y otras figuras, que el Santo Doctor tenía en sus delicias, no menos que las transiciones, rodeos, agudezas, con las que solía recrear a los oyentes, reconocerán el genuino parto de Agustín.

I. OS ADVIERTO, amadísimos, que nos esforcemos por ser casa de Dios, para que tengamos en nosotros al Señor habitando; pues si tenemos a Dios habitando en nosotros, siempre lo tendremos como ayudador. Alegrémonos de estas buenas obras, que Cristo ha obrado en sus fieles, y cada uno, en la medida en que es ayudado divinamente, imite continuamente el progreso de las buenas obras. Esto es necesario, hermanos, que todos edifiquen una casa para Dios. Que edifique el rico, que edifique el pobre; que edifique el sublime, que edifique el humilde; que edifique el señor, que edifique el siervo. Pero, ¿cómo decimos esto al mismo tiempo al rico, al pobre, al sublime y al humilde, al señor y al siervo? Pues ni la capacidad de ellos es igual, ni la dignidad, ni el poder. Puede, en efecto, responder confiadamente el rico, y decir: Edifico una casa para Dios, porque poseo abundante riqueza. Responde el sublime: Edifico una casa para Dios, porque he alcanzado una alta dignidad en el mundo. Responde el señor: Edifico una casa para Dios, porque tengo gran poder sobre los súbditos. ¡Qué bien nos

alegramos en estos, que nos alegran con sus palabras y buenas obras! Pero para que ellos nos respondieran así, el rico está seguro de la abundancia de sus riquezas, el sublime atiende a la excelencia de sus honores, el señor considera la multitud de sus súbditos. Hemos escuchado, pues, la respuesta del rico, escuchemos también la del pobre; hemos escuchado la respuesta del sublime, escuchemos también la del humilde; finalmente, hemos escuchado la respuesta del señor, escuchemos también la del siervo. Pues aquellos tuvieron algo que prometer, estos tal vez tienen algo que excusar. Dice, en efecto, el pobre: ¿Cómo puedo edificar una casa para Dios, que estoy atado por la pobreza? Dice el humilde: ¿Cuándo puedo edificar una casa para Dios, que estoy atrapado por la ignominia de la humillación? Luego dice el siervo: ¿Cómo puedo edificar una casa para Dios, que estoy sujeto al yugo de la servidumbre, y cuando apenas mi señor me proporciona el pan diario, de dónde puedo tener suficiente sustancia para edificar una casa para Dios? Parecen haber respondido razonablemente. Pero si quieren aceptar nuestra respuesta con gusto, de ninguna manera podrán excusarse de la edificación de la casa de Dios. Respondemos, pues, primero al pobre lo que el Señor ha dado, para que él mismo sea edificado mientras se le amonesta saludablemente para edificar una casa para Dios. Escucha, quienquiera que te quejes de la pobreza, y por eso te declares incapaz de edificar una casa para Dios. ¿Por qué solo atiendes a tu pobreza, y desprecias la sustancia interior? Allí es donde debes construir una casa para Dios, allí debes abundar en riquezas espirituales: Por tanto, si eres pobre en la falta de riqueza terrenal, sé rico en la abundancia de caridad; no posees una villa, posees sabiduría; no hay dinero en el saco, que haya Dios en el alma. Sé brillante en la pobreza de mente, lo cual es mucho mejor que si resplandecieras con vestiduras preciosas; no tienes manjares deliciosos con los que se alimenta el cuerpo, que tengas buenas costumbres con las que se alimenta el alma: pues los manjares deliciosos, ¿qué otra cosa saben hacer sino nutrir la lujuria en el cuerpo? pero las buenas costumbres nutren la santa caridad en el corazón. No busques, pues, grandes riquezas que aquí quedarán; si tienes riquezas espirituales, no serás pobre; más bien, si eres tal que buscas riquezas espirituales a través de las riquezas corporales, en eso serás verdaderamente rico, porque serás un pobre laudable: Así verdaderamente edificarás una casa para Dios, porque tú mismo serás la casa de Dios. Al edificar la casa de Dios no es necesario la abundancia de dinero, porque a Dios no le agrada la cantidad de monedas, sino la pureza de las almas. La verdadera casa de Dios la edifica la caridad, no la riqueza. Lo que Dios nos ha dado, respondemos al pobre; es tiempo de que respondamos también al humilde. Se nos opone con la excusa de que no ha tenido en el mundo la dignidad de la altura.

II. Escucha y sé, carísimo, humilde de corazón, para que por esto pienses que puedes edificar la casa de Dios. Aquí tu servicio sea más por voluntad que por necesidad. Sé humilde de corazón y comienza en ti a edificar la casa para Dios. Pues Él mismo dice: ¿Sobre quién reposará mi Espíritu, sino sobre el humilde, el tranquilo y el que tiembla ante mis palabras? (Isaías 66, 2). Cuanto más te haga humilde la voluntad, tanto más te reconocerás elevado; y en la medida en que conserves la humildad del corazón, en esa medida edificarás para Dios lo más santo.

III. Ahora respondamos a los siervos, quienes al oponernos su condición de servidumbre, piensan que no tienen ninguna capacidad para edificar la casa de Dios. Escucha, quienquiera que seas, siervo temporalmente, quienquiera que estés atado por cualquier derecho de dominio, quienquiera que estés sujeto a cualquier condición, para edificar la casa de Dios sé siervo, sé también libre. Sé siervo obedeciendo humildemente, sé libre sirviendo fielmente, sé siervo de tu Señor y no seas siervo del pecado. Cuando sirvas al hombre, piensa en Dios, guarda los preceptos de Dios, obedece siempre la voluntad de Dios, espera de Dios la recompensa de tu buen servicio: guarda la fe, huye del fraude, reconoce que debes rendir

cuentas a Dios de toda tu obra: que la pereza no te haga despreciador, ni la negligencia te haga descuidado. Esto sucederá, para que mientras exhibes un buen servicio, recibas de Dios la libertad perpetua. Que haya, pues, en tu cuerpo una libertad que contenga verdaderas y grandes riquezas, no aquellas que inflan al hombre mortal, sino de las que se edifica una casa deleitable para Dios. Pues ante Dios, donde no hay siervo ni libre (Gálatas 3, 23), aquel edifica verdaderamente la casa de Dios, quien conserva una buena conducta en el temor de Dios.

En cuanto estimo, hermanos, con la ayuda del Señor, hemos respondido a los pobres, humildes y siervos, para que reconozcan que deben edificar la casa de Dios no fuera de sí, sino en sí mismos. Sin embargo, porque somos siervos en Cristo tanto de los ricos como de los pobres, de los elevados como de los humildes, de los señores como de los siervos, porque Él mismo lo mandó, quien primero lo hizo, quien siendo verdadero rico, por nosotros se hizo pobre, para que con su pobreza fuésemos enriquecidos (2 Corintios 8, 9); siendo el verdadero Altísimo, se humilló a sí mismo por nosotros haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Filipenses 2, 8); y siendo el verdadero Señor de todas las cosas, se hizo siervo, cuando tomó la forma de siervo no solo por nosotros, sino de nosotros. Por tanto, porque en Cristo somos siervos de todos, así como a los pobres, humildes y siervos, también a los ricos, elevados y señores debemos devolver el servicio de nuestra palabra.

Es más fácil que la riqueza infle a los ricos, la dignidad eleve a los elevados, y el poder exalte a los señores. Por lo tanto, ellos deben ser instruidos con más cuidado, para que el empeño que tienen en construir iglesias lo apliquen siempre a las buenas obras, y edifiquen la verdadera casa de Dios en sí mismos, cuya santa edificación no caiga por la vejez, ni sucumba a la reprensión. Por tanto, ahora os hablamos a vosotros, os exhortamos en la caridad de nuestro edificador, que abundáis en riquezas, que sobresalís en honores, que os alegráis en el dominio del poder. Cuidad de edificar la casa de Dios en vosotros no con piedras y maderas, sino con costumbres santas. Tal será vuestra edificación, como sea vuestra obra. Principalmente, sed estables en el fundamento y permaneced en Cristo. Luego, contra esa misma abundancia y riqueza vuestra, guardad una cautela adecuada en el corazón. Entonces edificáis la verdadera casa de Dios, si no permitís que vuestra alma sufra detrimento alguno. Huid de la soberbia, si no queréis sufrir ruina; No esperéis en la incertidumbre de las riquezas (1 Timoteo 6, 17), y siempre tendréis el firme cimiento del edificio. Sed siempre ricos en buenas obras, para que no contribuyan a vuestra destrucción, sino a vuestra edificación. Sed inclinados a la misericordia, y no seáis fáciles para el robo. Que vuestra riqueza no sea violenta; que vuestra dignidad no sea soberbia; que vuestro poder no sea injusto. Todos los fieles, edificad la casa de Dios viviendo bien.

Atendamos, hermanos, a lo que nos advierte el bienaventurado Pedro, y cómo nos impone el cuidado de esta edificación. Dice: Y vosotros, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual (1 Pedro 2, 5). He aquí, hermanos, en esta Iglesia que vemos, cómo nos agrada la luz, la novedad y la firmeza. Por tanto, también nosotros, que somos la casa de Dios, resplandezcamos con buenas obras, Despojémonos del hombre viejo (Efesios 4, 22), y revistámonos del nuevo de manera loable; tengamos también continuamente la firmeza incansable de la santa caridad. He aquí que vemos las columnas, sobre las cuales están colocadas las paredes, vemos también las piedras en el edificio unidas entre sí. ¿Quiénes son en la casa de Dios las columnas, sobre las cuales se sostiene la multitud de piedras, sino los hombres espirituales, por quienes se gobierna la multitud de fieles? ¿Quiénes son las piedras unidas entre sí por mutua conexión, sino todos los fieles, que están ligados por el vínculo de la unidad, que teniendo un alma y un corazón en Dios, edifican en sí mismos una morada eterna para Dios? Unámonos, pues, piedras vivas con piedras vivas en el edificio de la casa

de Dios; adhieran entre sí las piedras santas, y se unan inseparablemente no por la mezcla de cal, sino por la dulzura de la caridad.

Cualquiera que entres en la casa de Dios, sé casa de Dios; guarda la fe, mantén la caridad de la unidad de la Iglesia, Apártate del mal y haz el bien (Salmo 36, 28), huye de la avaricia, ama la misericordia, huye de la fornicación, ama la castidad; y si aún no puedes ser en la casa de Dios una columna, para soportar la carga de muchas piedras, sé una piedra adherida a las piedras, para que perseveres en el edificio. Es bueno, en verdad, que edifiques para Dios también una casa visible en tu derecho, en tu suelo, en tu propiedad; pero es mucho mejor que edifiques para Dios una casa invisible en tu alma. Fuera de ti está la casa de la oración humana, dentro de ti esté la casa de tu oración. Aquí tenla frecuentemente, y llévala continuamente en ti: allí Dios te escuchará tanto más gustosamente, cuanto más se digne habitar en ella libremente. En tu corazón, pues, edifica siempre una casa para Dios, límpiala, prepárala para Dios, donde puedas tener siempre a Dios presente, y Él te escuche saludablemente cuando ores. A quien es el honor, y el reino, y el supremo poder por los siglos de los siglos. Amén.